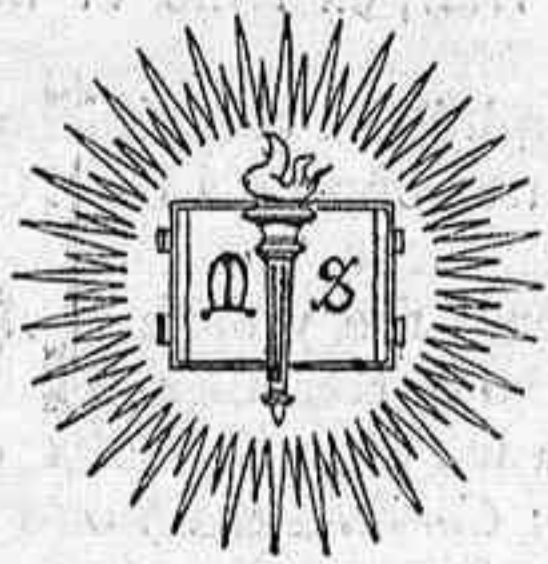


La Ilustración



Artística



AÑO XX

BARCELONA 23 DE DICIEMBRE DE 1901

NÚM. 1.043

El próximo número será el extraordinario con que todos los años inauguramos la nueva serie de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Por sus condiciones artísticas, literarias y materiales, no dudamos de que ha de llamar poderosamente la atención de nuestros suscriptores.



CONTRASTES DE NOCHEBUENA,

dibujo de Méndez Branga

SUMARIO

Texto. - *Dos cenas* (cuento de Navidad), por Emilia Pardo Bazán. - *Meterse en belenes* (cuento de Navidad), por José Echegaray. - *Madrid. Preparativos para Nochebuena*, por Rafael Ruiz López. - *La Nochebuena del cesante*, por Alfonso Pérez Nieva. - *Estatua de Eloy Gonzalo García, obra de Aniceto Marinas*, por R. - *Nuestros grabados. - Miscelánea.* - *Strapontín*, por J. Berr de Turique. - *Las espigas de oro*, por Rafael Chichón. - *Los deportes en la educación de los ciegos* (conclusión), por A. Golliner. - *Barnum en París*, por Pablo Megnin. - *El agitador.*

Grabados. - *Contrastes de Nochebuena*, dibujo de Méndez Bríngas. - Dibujos de Apeles Mestres que ilustran el artículo titulado *Meterse en belenes* (cuento de Navidad). - *Madrid. Preparativos para Nochebuena*, dibujo de Angel Huertas. - *Bacante*, cuadro de Ricardo Villodas. - *Estatua de Eloy Gonzalo García, el héroe del Cascorro, que corona el monumento erigido en la plaza del Rastro de Madrid*, obra de Aniceto Marinas. - *La Virgen y el Niño*, cuadro de Pedro Mignard. - *La Sagrada Familia*, dibujo de José Triadó. - *Relieve recientemente descubierto en Pompeya.* - *Una página del «Codex Psalterium» impreso en 1459 por Fust y Schoeffer.* - *Los deportes en la educación de los ciegos*, tres grabados. - *El agitador*, grabado de Alfredo Cossmann.

DOS CENAS

(CUENTO DE NAVIDAD)

- Hoy es un día muy señalado y una noche en que no se debe cenar solo, dijo Rosalbez el banquero a su amigo el joven conde de Planellos, a quien encontró casualmente en su misma calle, casi frente a su suntuoso palacio. Usted es soltero, no tendrá quizá comprometida la cena... Si quiere hacernos el obsequio de aceptar... A las ocho en punto... Yo apenas cenaré, me siento malucho del estómago; usted despachará mi parte...

- Mil gracias y aceptado, respondió cordialmente el conde. Pensaba cenar en el nuevo club con unos cuantos. Les aviso y en paz... Aunque casi no era necesario avisarles: al no verme allí...

- ¡Perfectamente! Hasta luego, murmuró Rosalbez saltando a su berlinita que le aguardaba, para llevarle, como todos los días, a una plazuela, desde la cual se dirigía a pie a cierta casa, hasta la cual no le convenía que llegase el coche. Era el secreto de Polichinela, como dicen nuestros vecinos los franceses; nadie ignoraba en Madrid que Rosalbez protegía a aquella rasgada moza, Lucía la Cordobesa, de tanta gracia y garabato, y que el entretenimiento le salía carísimo - el que lo tiene lo gasta.

Ha de saberse que Rosalbez, el opulento, había llegado a los cincuenta y seis años y empezaba a cambiar sensiblemente de genio y de gusto. En otro tiempo no necesitaba la nota afectuosa en sus relaciones con mujeres: sólo exigía que le divirtiesen un instante. Ahora, sin duda el desgaste físico de la edad reblandecía sus entrañas, y lo que buscaba era agrado tranquilo, el halago suave de un mimo filial. Su hija verdadera, Fanny, le demostraba un respeto helado, una obediencia pasiva y mecánica, y Rosalbez aspiraba a encontrar en la Cordobesa espontaneidad, calor amoroso, algo distinto, algo que removiese cenizas y alzase suaves llamas. Con esta esperanza y este deseo llamaba a su puerta el día de Navidad.

Lucía estaba en su tocador. Vestía una bata de franela rosa. La doncella, que le recogía con ancho peine la magnífica mata de pelo ondulado, de un negro de azabache, al ver entrar al protector retiróse discretamente.

La Cordobesa sonrió; Rosalbez le tomó una mano, y acariciando con reiterados pases la piel de raso moreno y los torneados dedos, interpelló así:

- ¿Conque cenamos juntos esta noche, nena? ¿Conque tú misma irás a la cocina y dirigirás la sopa de almendra y la compotita con rajás, al uso de tu país?

Lucía entornó un instante los párpados pesados y sedosos, y su boca pálida, en la cual refulgían los dientes como trozos de cuajado vidrio frío y blanco, hizo un gesto de mal humor.

- ¡Ay, hijo! ¡Pero qué caprichos gastas, vaya por San Rafael! ¿Te lo he de decir cantando ó resando? Ya sabes que está en Madrid mi prima la de Ecija, y quiere que la acompañe a la Misa el Gallo, a media noche. Si te conformas con cenar a las ocho y largarte a las once en punto..., santo y bueno; después... tengo compromiso.

Rosalbez se soliviantó; se inyectó de sangre su cráneo calvo.

- ¡Compromiso! ¡Me gusta! ¿Y qué compromiso es más que yo para ti? A las ocho se cena en mi casa, y tal noche como hoy no he de dejar a mi hija sola; cuanto más teniendo convidados,

- ¡Hola! ¡Convidados! ¿Quién? Gente que no conoces. Los Ruidencinas, Mario Lirio, el conde de Planellos...

Lucía se echó a reír. Su carcajada era vulgar (nada como el eco de la risa delata la extracción, la educación y la calidad del alma).

- ¿De qué te ríes?, exclamó el banquero impaciente.

- De ti, respondió ella con cinismo. ¡Mira tú que empeñate en que no conozco a esos! Conozco yo a to el mundo.

Aquella risa insolente y mofadora, que continuaba, le hacía daño a Rosalbez. Hubiese pagado a buen precio una luz de melancolía en los grandes ojos árabes de la Cordobesa, un aire de mansedumbre en su morena faz.

- ¿Me das de cenar ó no?, insistió secamente, sintiendo en las manos como unas cosquillas, impulso de tratar con brutalidad a la reidora.

- A las doce... ni que te lo imagines, criatura, declaró ella con la misma inflexibilidad desdeñosa.

- Bien, hija, exclamó Rosalbez con laconismo levantándose y encaminándose hacia la puerta.

A medio pasillo sintió detrás de sí las pisadas y la voz de Lucía, que lo llamaba bromeando; pero en vez de volverse, apretó el pasó, tiró vivamente del resbalón de la puerta y bajó las escaleras a escape. Al verse en la plazuela, recordó que había despedido su coche, y echó a andar a pie, para calmar su agitación nerviosa. Claridad repentina alumbraba su mente; comprendía lo que estaba sucediendo. Era, sin ambages, que se encontraba enamorado de Lucía, de la Cordobesa agitanada é indómita. Hasta entonces la había mirado como un mueble ó un objeto de lujo: indiferencia absoluta. Pero la crisis de su madurez, ablandándole el corazón, hacía germinar en él un sentimiento desconocido. Al acercarse la Noche inmortal, consagrada al amor puro, en que se desea reclinar la frente sobre el pecho de un ser amado, Rosalbez soñaba que ese pecho sería el de la Cordobesa, y las proporciones de su pena ante el desengaño le daban la medida exacta de su ilusión.

- ¡Después de lo que hice por ella!, pensaba el banquero. La he sacado de la abyección y de la miseria; me debe hasta el aire que respira. La he tratado mejor que a nadie; la he rodeado de bienestar y de lujo; la he guardado incluso consideraciones... La quiero, la idolatro... ¡Ingrata!

La idea de la ingratitud de Lucía causó a Rosalbez una especie de enternecimiento: sintió lástima de sí mismo; se tuvo por muy desventurado. A aquella hora de su vida, ante la vejez amenazadora, con la caja bien repleta y el alma completamente árida y oscura, Rosalbez lo que echaba de menos, para tapar el negro agujero, era cariño. Su mujer fué una vascongada dura, una rígida ama de llaves, una recatona administradora, que no pensaba sino en cooperar dentro de casa, por medio de una economía estricta, a las brillantes especulaciones del marido. Cuando murió, Rosalbez notó su falta en que le robaron los cocineros y subió bastante el gasto diario. Y Fanny, la única hija, algo inclinada a la devoción, sería y llamada por naturaleza, tampoco tenía para su padre halagos. Hasta se diría que le miraba como a un amo que manda, un superior, con quien no existe comunicación afectiva. Y actualmente, la absorbían del todo sus amoríos con el conde de Planellos, no formalizados aún. Rosalbez lo sabía; y en el súbito acceso de bondad que le había acometido, en el deseo de ver algún rostro que le sonriese, al volver a casa se apresuró a entrar en el saloncito de Fanny y darle la noticia de que estaba invitado Planellos a cenar. Equivalía a decir: «Autorizo tus relaciones; ya tienes oficialmente novio.»

Fanny, al recibir la nueva, se puso roja como una cereza, tembló, pero sólo respondió:

- Está bien...

Rosalbez fantaseaba otra cosa; que le saltasen al cuello, que le abrazasen estrechamente. Acababa de traslucir una solución para su vida: unirse a su hija, crear un hogar en el suyo, adorar y mimar a los nietos que enviase Dios. Ya veía una larga serie de Navidades futuras, de gozosas cenas de familia, con Arbol cargado de juguetes, con sorpresitas retozonas y babosas del abuelo. Creía sentir sobre sus rodillas el peso del «mayorcito» y en las barbas la sobadura de las manos tibias y blandas de «la pequeña.» ¡Ah, sí; aquello era lo bueno, lo honrado, lo digno, lo que debía hacerse! Y conmovido, se acercó a Fanny y besó su frente mármorea, bebiendo ansioso la nitidez virginal de la fresca piel.

Espléndida fué la cena, servida a las ocho en punto. En nada se pareció a la que pretendía Rosalbez organizar en casa de la Cordobesa: ni hubo sopa de almendra, ni besugo con ruedas de limón, ni compotita con rajás de canela. - Esos platos clásicos, fami-

liares, no suelen dignarse presentarlos los cocineros de miles de pesetas de sueldo. Son clase media culinaria. - En cambio, desfilaron por la mesa del banquero los peces y mariscos más suculentos, aderezados al más genuino estilo francés, y regados con los vinos más añejos, preciosos y raros. El triunfo del cocinero fué un fingido jamón en dulce hecho de pescado prensado (no se podía infringir el precepto de la vigilia), que engañaba, no sólo a la vista, sino al paladar. Fanny, sentada a la derecha del que ya consideraba su prometido, en la penumbra del centro de mesa formado de lilas blancas forzadas en estufa y tallitos de combalaria alternando con camelias rojas, le hablaba bajito. Rosalbez, que los miraba a hurtadillas, no pudo menos de exclamar:

- Pero Planellos, ¡qué poco come usted!

A lo cual contestó el conde:

- Es que me siento malucho del estómago...

Tan sencilla frase hizo estremecerse al banquero.

Era exactamente la misma que él había pronunciado por la mañana, al invitar a Planellos, cuando proyectaba reservarse para la otra cena, íntima, en casa de Lucía, a las doce. Aquella singular coincidencia, no descifrada todavía, heriale, sin embargo, como chispa lumínica el pensamiento. ¿Quién averiguará por qué inmatiales hilos es conducida la leve sospecha que precede a la entera revelación de la verdad? No fué el protector apasionado de la Cordobesa, sino el padre de Fanny, quien calculó, fijando los ojos en los del futuro yerno:

«A mí con esas. Tú ayunas para guardar apetito. ¡Ah! Yo te vigilaré. ¿Buscas en mi hija el oro ó el amor? ¡Cuidado conmigo!»

La impresión adquirió fuerza cuando, a pesar de que Fanny anunció que a media noche justa, al dar las doce, serviría a los invitados una copa de Champagne, para celebrar el Nacimiento, el conde manifestó que se retiraba.

Un cuarto de hora después que el conde, bajaba el banquero la escalera de mármol blanco, y saltaba en el primer coche de punto parado en la esquina. El simón destartado se paró a la puerta de la Cordobesa. No acudió el sereno a abrir: Rosalbez le daba muy generosas propinas porque le dejase servirse de su llavín, sin oficiosidades importunas. Cruzó el tenebroso portal, y girando a la izquierda y encendiendo un fósforo, encontró la cerradura de la puerta del cuarto bajo.

Sufría una agitación honda cuando introdujo en ella el otro extremo del llavín. ¡Aún dudaba! ¿Quién sabe? Tal vez, como buena andaluza apegada a la tradición y creyente, no había querido pasar la noche del 24 de diciembre sin asistir a la Misa del Gallo, la más alegre y tierna de todas las misas. - ¡Qué dicha esperarla en el cuartito forrado de felpa azul, y cuando regresase a la una, depositar en su regazo el estuche con las calabazas de perlas, el último capricho! - Giró la llave sordamente; el banquero sintió bajo sus pies la alfombra de la antesala. Dió luz al tulipán, y al mismo tiempo oyó que salía del comedor algazara y risa. De puntillas se coló en el ropero, que estaba a la derecha del pasillo; quería saber a qué atenerse: iba a ver, a saber, a cerciorarse de la infamia. - Del ropero se pasaba a un gabinete, y ya en éste, al través de una puerta vidriera, era fácil distinguir cuanto en el comedor sucedía. Rosalbez se agachó, entreabrió las cortinas... Enfrente tenía a la Cordobesa, con mantón de Manila y flores en el moño; a su lado, Planellos alzaba la copa.

El banquero retrocedió; reclinóse en un sofá, y creyó que una mano le apretaba la nuez hasta asfixiarle. Era el desastre completo; era no solamente la burla para él, sino el desprecio de su pobre Fanny, de su hija. Las risas, las coplas, venidas del comedor, le azotaban como látigos. Se levantó, a tientas buscó la salida, y se encontró de nuevo en la antesala. Dejó la puerta abierta; en la calle tiró la llave en el primer agujero de alcantarilla; y subiendo a otro coche, dió las señas de su palacio. Todavía estaban iluminados los salones; Fanny en la antesala despedía a los convidados. Cuando desaparecieron, Rosalbez se acercó a su hija, y cogiéndola de la mano tartamudeó:

- ¡Valor! ¡No te sobresaltes!.. Acabo de adquirir la prueba de que el conde de Planellos no te merece; de que es un miserable, que te engaña con la última de las mujerzuelas. Te lo juro: tu padre te lo jura, acaba de cerciorarse de ello, positivamente... Jamás consentiré que vuelva a poner los pies aquí.

Y Fanny, sin replicar, blanca como su traje, balbuceó:

- Entraré en las Reparadoras.

Rosalbez vió, mirando al porvenir, una larga serie de Navidades frías y solitarias, inmenso agujero tético en su existencia...

EMILIA PARDO BAZÁN.

METERSE EN BELENES (CUENTO DE NAVIDAD)

POR JOSÉ ECHEGARAY. — ILUSTRACIONES DE APELES MESTRES



Era el día que corresponde á la Nochebuena. Para noche tan buena, el día no lo había sido tanto. Aire, frío, lluvia y nieve; pero á pesar de todo, por entre la nieve y el frío retozaban algo así como efluvios de alegría: risas de niños, ruido de tambores y panderetas, preparativos de la cena, con sopa de almendra, y últimos toques á los Nacimientos: un pastorcito más en la cuesta, unas cuantas lucecitas más, un pedacito de cristal imitando la tranquila superficie de un pequeño lago.

Con todo esto, el día que en otras circunstancias hubiera sido muy triste, resultaba alegre, y hasta el sol quiso á la caída de la tarde asomarse un momento tras el monte, tiñendo con tintas rosadas la nieve como presagio de una aurora de redención.

El que estaba de mal humor en día tal y en espera de tal noche, era el diablo, el gran diablo, el dueño y señor de los antros infernales y monarca absoluto de todos los demás diablos de menor cuantía.

De mal humor se dirigía hacia su palacio subterráneo, con las zarpas metidas en dos desgarrones de la piel, porque bolsillos no usa, y sacudiendo con el rabo los guijarros del camino, que salían disparados como almas que el diablo se llevase, y el diablo se las hubiera llevado si los guijarros hubieran tenido alma; mas habían tomado la precaución desde las más remotas épocas geológicas de no tenerla: no son como los cántaros; que éstos, con ser de barro, tienen alma de cántaro, según es sabido.

De mal humor iba Satanás, repetimos.

«Buen día, y sobre todo buena noche tendremos, — él nunca decía Nochebuena. — Y sobre todo, continuaba murmurando por entre sus colmillos y dientes desparramados, es fuerte cosa que todos los años hemos de tener una Nochebuena. Bastaba y sobraba con una; pero anualmente me han de refregar por los morros este gran triunfo de la Redención. Como si el hombre mereciese que le redimiera nadie, y sobre todo un Dios.»

Y al pronunciar esta palabra, el diablo se estremeció y se mordió la lengua.

Al fin llegó á su palacio, y lo primero que hizo fué preguntar por su hijo: un diablillo nuevo, todo lo mono que cabe en esta clase diablesca.

Sí, el diablo había tenido un hijo, no para su consuelo, que no hay consuelo para el ángel de las tinieblas, sino acaso para acrecentar sus tormentos.

Y para atormentar á un ser, es preciso que ese ser tenga algún punto sensible. A una piedra berroqueña no se le puede atormentar.

Y por eso, haciendo á Satanás padre, se le daba nueva tortura.

Empezando porque no sabía qué carrera dar á su hijo, y aunque lo hubiera sabido no se la hubiera podido dar; había nacido diablo, y diablo tenía que ser como su padre.

Y esta fatalidad que sobre el hijo pesaba, era un nuevo infierno para Satanás. De un golpe le habían duplicado todo el reino infernal con todos sus dolores.

Preguntó por su hijo, y no le dieron razón; reo-

rrió todo el palacio, bajó á todos los círculos del dolor eterno, preguntó al preceptor y á todos los diablos que fué encontrando, y nadie le daba noticias del diablillo.

Al fin y al cabo, el portero, moviendo su cabeza de perro y abriendo su boca, le dijo entre ladridos, que el diablillo se había ido hacia el pueblo, porque había oído hablar de la próxima Nochebuena y había querido saber que era aquello.

Satanás se puso furioso, empezó á echar llamas por ojos y boca, y atravesando el monte, bajó al pueblo á buscar á su hijo, al diablillo travieso; que

taña, y en estas condiciones la marcha es penosa. Allá por lo alto, venían los Reyes Magos sobre tres caballos á cual más gallardo, con sus esclavos, su acompañamiento y sus ofrendas.

En ofrendas se deshacía toda la montaña de corcho, y en resplandores de luz se deshacían candelas y candilejas; y en estrepitosa alegría, con tambores, panderos y rabeles, los hijos de la casa y sus amigos celebraban la Nochebuena y al Niño Dios mientras llegaba la hora de la cena, esperanza próxima que reforzaba grandemente sus alegrías infantiles.

A todo esto, el hijo del diablo, el diablillo, se había subido á la reja, y agarrándose á los barrotes con patas y manos y rabo enroscadito, contemplaba con asombro aquella escena de regocijo, y aquel Nacimiento tan alegre, y aquellos chicuelos que bailaban ante el portal de Belén.

El diablo-padre se detuvo sin atreverse á mirar mucho por la ventana, que el resplandor le hería en los ojos y la alegría de los niños en el alma, y sin atreverse tampoco á poner la mano sobre su hijo, porque tales crispamientos sentía que no estaba seguro de no clavarle las garras y hacerle daño.

Pero los niños de dentro, los del Nacimiento, en una de estas miraron hacia la verja, y vieron al diablillo agarrado á ella y se asustaron.

— ¡Mira, mira, dijo uno de los niños, un mono se ha subido á la reja!

Y otro dijo:

— ¡Qué feo, se parece al diablo!

Y le pegó un panderetazo en las manos, ó sea en las nacientes zarpas.

Y como el diablillo lanzó un grito de dolor y de rabia, los niños se asustaron, y empujando todos en pelotón las ventanas, las cerraron de golpe.

Desapareció la luz, se eclipsó el Nacimiento, se apagaron los sonidos de panderetas y rabeles.

La calleja quedó á obscuras, el diablillo aullando y agarrado á la reja.

Acercóse el padre, que no por diablo dejaba de ser padre, y cogiéndole entre sus peludos brazos quiso separarlo de la reja, que el diablillo no soltaba ni á tres tirones.

— ¡Quiero ver el Nacimiento, quiero ver el Nacimiento, quiero un Nacimiento como ese!, gritaba el endemoniado chiquitín.

Y no podían calmarle ni las caricias del padre, ni sus reflexiones; ¡y cuidado que el diablo es reflexivo cuando se propone serlo!; pero vaya usted con reflexiones á un diablillo.

La situación era tragicómica: ¡un diablillo-hijo pidiendo á su padre el diablo nada menos que un Nacimiento!

— Pero si ese Nacimiento es nuestra condenación, le decía el diablo; si por él estamos expuestos á perder toda nuestra clientela y nuestra soberana grandeza y poderío en los antros infernales; si ese niño que tanto te encanta es mi ruina y mi desesperación; si pedirme tú un Nacimiento es para mí la mayor de las afrentas y para ti el mayor de los crímenes, porque es más que un parricidio. Porque observa, diablillo mío, que como todo es relativo bajo la capa



Y cogiéndole entre sus peludos brazos quiso separarlo de la reja

si los chicos, sólo por ser chicos, son traviesos, ¡qué no sería él, que además por su esencia íntima y por su origen había de ser diablillo hasta que llegara á ser diablo y príncipe de la sangre!

Recorriendo las calles del pueblo, tapándose los oídos para no oír rabeles y panderetas, ni gritos de alegría, ni vagos regocijos en los cielos, ni alborotados regocijos en la tierra, divisó al fin en una calleja los desgraciados y grotescos contornos de su criatura bien amada y mal nacida.

Porque ¿para qué ocultarlo?, el diablo amaba á su hijo. A su modo, infernalmente, desesperadamente, con lágrimas de fuego y rugidos de condenación; pero le amaba, y aun allá en el cielo se alarmó algún teólogo pensando que aquel amor satánico pudiera ser un principio de redención para el diablo.

En aquella calleja había una casa de un labrador acomodado; y la casa tenía una ventana de piso bajo y enrejada, y con las dos hojas de madera abiertas de par en par.

Dentro se veía un Nacimiento, grande y lujoso y hermosamente iluminado con cerillas y velas y lámparas de aceite: variedad de luminarias, pero mucha luz.

Allí estaban montañas de corcho, su portal de Belén en un hueco, sobre el portal un espejo grande en forma de estrella, y dentro el Niño Dios; á un lado la mula con mal gesto y el buey con cara honradota, y la Virgen con traje azul y San José con traje menos vistoso.

Y fuera, por sendas y picachos, multitud de pastores y pastores marchando con dificultad hacia el portal de Belén, porque para que no cayesen, los habían pegado con cera los chicos al corcho de la mon-

del cielo, aun entre nosotros los diablos, aunque todas las acciones hayan de ser malas, las hay que son pésimas, y al pedirme tú un Nacimiento, trastornas de golpe todas las esferas y metes el cielo en el infierno y el infierno en el cielo... Si yo debía estrellarte si pudieras, y azotarte con disciplinas de fuego y zambullirte en calderas de pez hirviendo para castigar tu capricho, que allá arriba fuera escarnio y abajo en mis cavernas es escarnio y tormento. Si hasta dudo que seas hijo mío, y temo que algún ángel haya contaminado tu ser; si yo me confundo y enloquezco, y no sé ni dónde están los cielos, ni en dónde empieza el infierno. ¡Calla, calla por Dios!, iba á decir el diablo.

Pero al pronunciar el nombre augusto se mordió con furor la lengua para no acabar de pronunciarlo, y escupiendo la punta que con la fuerza del castañeteo la había cortado, continuó tartamudeando horriblemente:

— ¡Lo ves, diablillo, hijo de Satanás, ni yo mismo sé lo que me digo, y pierdo la cabeza, la cabeza toda, los cuernos inclusive!

Y se detuvo sofocado, sudando pez por la punta de los pelos, llorando lava por los encendidos ojos y revolviendo la mutilada lengua en las secas fauces.

Pues como si cantaras, según el dicho vulgar; el diablillo, que era terco como chiquillo y como diablo más terco, continuó su tarabilla:

— ¡Quiero un Nacimiento, quiero un Nacimiento, el Nacimiento es muy bonito, y quiero un Nacimiento bonito!

Y el grito estridente del diablillo le taladraba los tímpanos al diablo-padre.

El cual, perdiendo por completo la cabeza, según antes había dicho, puso en tierra al diabólico engendro y le dijo:

— ¿Quieres un Nacimiento? Pues lo tendrás.

— Pero ¿podrás hacérmelo?, preguntó el diablo chiquitín.

— Yo lo puedo todo, dijo el diablo, y levantó la cabeza con soberbia satánica; porque si no es satánica la soberbia de Satanás, ¿cuál otra podrá serlo?

Después dirigióse el diablo á la montaña y empuñó en fabricar un Nacimiento; que era grotesca parodia y empresa insensata y cosa nunca vista ni por nadie imaginada.

Empresa tal, que si no supiéramos todo esto de buena tinta, creeríamos que era patraña ridícula.

Pero no, ciertos anales muy negros y muy hondos que en los más profundos abismos del infierno se conservan, dan fe de esta aberración del diablo: es decir, que hubo un día, mejor dicho, una noche, en que el diablo, para entretener á su hijo, quiso fabricarle un Nacimiento.

¿Qué no pedirán los hijos y qué no harán los padres por los hijos, aun siendo los padres más endemoniados, aun siendo Satanás en persona?

— Sí, Satanás se empeñó en hacer un Nacimiento para su hijo el diablillo heredero.

¡Ay!, que el poder de Satanás es grande; pero la empresa, sobre ser carnavalesca, era superior á todo el siniestro poderío del ángel de las sombras.

Allí estaba una montaña; ni tenía que fabricarla; allá había una cueva, que bien podía pasar por el portal de un nuevo Belén; y sin duda de este lance viene la frase vulgar que dice: «No te metas en belenes.»

¡En buen Belén se había metido el diablo! Quiso llenar la montaña de pastores y pastores, y resultaron estafermos ridículos, y el diablillo sentado en cuclillas sobre el rabo hecho resorte en espiral, decía con acento crítico:

— No es eso, papá, no te resulta; eso no es un Nacimiento; eso no son pastores ni pastoras, esos son mamarrachos.

El diablo seguía en su faena, que ya había tomado á punto de honra hacer un Nacimiento.

En la cueva, convertida en portal de Belén, metió una mula y metió un buey; pero jamás pudo colocar en el hueco ni una Virgen, ni un San José, ni sobre todo un Niño Dios.

No, con el Niño Dios no se atrevía; ¡ni cómo hubiera podido atreverse, ni aun en broma, ni aun en parodia, ni aun tratándose de una imagen de barro ó de piedra!

Trepaba á la montaña, arrancaba un pedazo de mármol blanco, bajaba con él y el diablillo le preguntaba:

— ¿Y qué vas á hacer con esa piedra?

Y el diablo ni se atrevía á decirlo.

Con las uñas escarbaba el mármol, con la mutilada lengua lo lamía, saltaban cascotes de piedra, se deshacía el bloque en polvo; pero siempre era un pe-

drusco; y después de mucho trabajar resultaba cuando más una losa funeraria.

— No puedes, no sabes, aullaba el diablillo. Yo no quiero este Nacimiento grande; yo quiero un Nacimiento pequeño, como el de los niños.

— Ahora, ahora, decía el diablo continuando en su imposible tarea.

Al fin el diablillo perdió la paciencia y quiso me-



Si yo debía estrellarte si pudiera

terse en la cueva que representaba el portal de Belén; mas al llegar á la boca, el buey y la mula, que ya estaban cansados, recibieron al padre y recibieron al hijo de mala manera: á coces la mula y á cornadas el buey, á pesar de su mansedumbre.

Y el diablo, ya vencido, cogió á su hijo en brazos y echó á correr hacia el infierno, diciéndole á Satanás:

— ¿Lo ves, lo ves, criatura insensata y terquísima? ¿Ves cómo no es posible, ves cómo ese Nacimiento no se ha hecho para nosotros? Ya te contaré, ya te contaré toda la historia cuando seas mayor.

Pero el diablillo no se convencía, y forcejeaba entre los brazos del padre, y agarrándole por los dos cuernos intentaba darle la vuelta.

— Pero ¿qué quieres?, le preguntaba desesperado Satanás.

— Quiero volver allá, quiero un Nacimiento, quiero que entremos en el portal de Belén.

— No, hijo mío, le dijo el diablo meneando los cuernos, no nos conviene ni á ti ni á mí. No, diablillo mío, no nos metamos en belenes.

JOSÉ ECHEGARAY.

MADRID. — PREPARATIVOS

PARA NOCHEBUENA

La Nochebuena en Madrid es original, típica y regocijada como en parte alguna; la gente alegre siempre está más alegre en estos días, y el bullicioso movimiento que en todos lados se nota anuncia mejor que campanas echadas á vuelo la deliciosa fiesta. Las plazas y mercados están animadísimos, y en ellos se ven caras alegres que ríen, como desafiando los dolores de la vida, llenando el aire de sonoras carcajadas.

El dibujo de Angel Huertas, que en la página siguiente se publica, es una preciosa nota arrancada á la realidad; algo genuinamente madrileño; un pedazo del mercado de aves, donde todos parecen estar saturados de regocijo.

¿Verdad que tienen mucho de suavemente dulce y poético los preparativos de la gran fiesta del hogar? Jóvenes y viejos se aperciben con cara de pasaca á pasar la Nochebuena en envidiable paz y santa concordia, mientras parece flotar en el aire una alegría que rejuvenece, una puerilidad ligerísima y encantadora que embauca.

La fiesta es hermosa, la más hermosa del año, la

que parece venir á estrechar los lazos de los que se quieren, la que junta los corazones á través del tiempo y la distancia... ¡noche bendita en la que todos sentimos la necesidad de nuestra redención, la nostalgia dolorosísima de los que se fueron!.

Jesús viniendo al mundo á predicar la igualdad, á formar del universo una gran familia, á dignificar al hombre, á enseñar al poderoso que el miserable también tiene derecho á la vida...; Jesús, él solo ha sido bastante á crear la gran fiesta del hogar.

Y sin embargo... ¡la gran familia no está formada, el hombre no ha sabido redimirse por completo!

Por eso la de Nochebuena es noche de grandes alegrías y de supremos dolores, de dulces consuelos y de nostalgias infinitas, de desesperación y de felicidad...

Confieso que en estos días siento profundamente la nostalgia de las cuatro casitas de mi pueblo, entre las que mis padres asentaron su hogar, que el soplo frío de la muerte pulverizó. A mis oídos parecen llegar, como oleada de dulce armonía, las notas estridentes y destempladas de panderas, zambombas y tambores que arrancábamos todos, con cierto entusiasmo semisalvaje, mientras cantábamos hasta quedar enronquecidos:

La Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va...
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

Muchos se han ido, ¡algunos demasiado pronto!, para no volver; pero en aquel hogar deshecho se ha formado otro, y en este año, como en los anteriores, se cantará en idéntico tono y con igual insistencia la misma copla, con entusiasmo semisalvaje también. Los viejos refugiados en un rincón empezarán recordando, con dulce melancolía, los tiempos felices de sus mocedades, hasta que la alegría contagiosa de los jóvenes les invada, y respirando aquel aire de fiesta, se sientan rejuvenecidos y canten y beban como los demás.

Y es que la Nochebuena tiene en sí algo de grandiosamente divino; es para el corazón del hombre como la lluvia bienhechora para la tierra; hay en ella como un soplo de fuerza creadora, de juventud potente que todo lo vivifica, porque nos recuerda el principio de nuestra redención y nos hace vivir, aunque por una noche, en la paz deliciosa, en la armonía sublime de sentimientos predicados por el Hombre-Dios...

Al mirar las plazas llenas de aves de corral, que han de ser sacrificadas en celebración de la gran fiesta, y los tenderetes de la feria repletos de tambores, zambombas y figuritas de *Nacimiento*; pienso con regocijo en mi vida futura, cuando viejo ya, al lado de mi tierna amada de hoy y rodeado de nuestros hijos, los vea á todos alegres y charloteros, mientras dedico un recuerdo dulcísimo á los que se fueron y pienso en si alguno de aquellos seres traerá al mundo una misión redentora como la de Cristo...

Y acabaré por cantar alegremente con ellos y sentiré como ellos aquel entusiasmo semisalvaje que sentía allá en mi pueblo cuando arrancaba notas destempladísimas á mi tambor y cantaba hasta quedar enronquecido...

¡Goceemos! La Nochebuena es la fiesta de la juventud, y por eso rejuvenece; es el principio de nuestra redención, y por eso es tan dulce y suavemente poética...

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

LA NOCHEBUENA DEL CESANTE

I

Bastaba verle para adivinarle. Una de esas siluetas lúgubres que nos muestra vagamente el anocheado, difuminadas en sus sombras, cuando oímos á nuestro lado cierta voz plañidera que exclama balbuceando: «¡Un pobre cesante, señor!» Raído, pero cepillado, estirando hasta el deshilachamiento las prendas de cuando tenía que vestir decentemente para ir á la oficina, delatando una miseria decorosa la ausencia de abrigo en una mañana tan cruda como aquella de Nochebuena, que lo sería de que cayera el sol para quien lo fuese, á buen seguro que no para él. He aquí la figura, toda ella encogida y tímida, bañado el rostro humilde de una suave luz de tristeza. Andaba con paso cobarde y débil, con paso de vencido. Y no era lo más cruel el aire sombrío de su continente, al fin se trataba de un hombre, sino

que trascendía también á la tierna criatura que llevaba de la mano, un niño de nueve á diez años, vestido con ropas de otro tiempo, ya pequeñas para su medida, ó quizás donativo de deshecho, de carita pálida y anémica, en la que faltaban las dos supremas alegrías de la infancia: la sonrisa y las rosas.

Todas las amanecidas era tristísimo el despertar en el hogar del pobre cesante, en el obscuro zaquizamí interior en que escondía su hambre y la de los suyos. La miseria apretaba despiadadamente, en la casa no quedaba ya nada por empeñar que valiera algo; la esposa, acabando de criar, se moría de consunción por falta de alimento, y no venía la anhelada credencial reponiéndole en su destino, en el disfrute de los míseros veintisiete duros mensuales que ahora disfrutaría, á costa de las lágrimas de una familia entera, el patrocinado de algún magnate. Promesas no le faltaban, hasta palabras de honor, del honor relativo de las promesas que no piensan cumplirse; pero las promesas no se cotizan en la tienda de comestibles, ni las admite el casero en pago de alquiler del piso. Así gemían en el silencio, en esa miseria ignorada de las grandes capitales que no especula con la desgracia, miseria honrada y decorosa, rara vez atendida porque no constituye un espectáculo. El empleado iba con frecuencia al ministerio á hacerse presente, sin molestar á sus compañeros con peticiones de préstamos, visitaba á los personajes de segunda fila que le protegían y admitía cuantos trabajos de pendo-lista se le proporcionaban, hasta copiar infolios de escribano á *perro grande* plana, sacando estrictamente para no morir de hambre y poder esperar, bajando sin cesar los peldaños de aquella escalera terrible y amarguísima que terminaba en la desesperación.

La mañana de Nochebuena el despertar fué sombrío como nunca para la pobre familia, porque en las demás faltaba pan, pero en aquella faltaba algo más triste y doloroso: un tambor. En algunos otros cuartos de la vecindad sonaban hacía una semana fuertes redobles; hasta el alto tabuco del cesante subían los palillos de cuando en cuando. Abajo había niños felices, niños que jugaban á los soldados por los pasillos, con su caja dorada colgando del cuello por la bandolera. Arriba, en la fría buhardilla, otro muchacho desdichado seguía con avidez el estrépito de estos parches, sin serle dado imitarles, sin disponer ni aun de una mala sombrerera de cartón con que suplir el tamborcito soñado. El pequeñuelo ya tenía edad para discernir cuando se llora. La desgracia aguza, por otra parte, el instinto de la niñez. No pedía, por ende, tambor, porque comprendía que no podían comprárselo; pero se le conocía en el descolorido rostro el daño que le producía oírlo sin ser él el que lo tocara. Hubiera sido un chico de la calle, y habría encontrado modo de redoblar de prestado en el tambor de cualquier rapaz de los que recorrían el barrio organizados en ruidosas bandas; pero no era un chavalillo de blusa y zoquete, de los que viven en el arroyo y van á la escuela municipal, sino un señorito venido á menos, que en sus tiempos iba al colegio y se contentaba con mirar á la banda de tam-

bores del arroyo, cuando se la encontraba al paso, con una penosa mirada de envidia.

Aquella mañana clásica del día solemne de la cristiana alegría, en que por lo mismo se exacerbaban todos los dolores, los redobles de los tambores de la vecindad comenzaron más pronto. Ninguno de los dos cónyuges se dijo palabra, pero cada cual sin tío en lo más hondo de su ser desesperación abrumadora al ver á su hijo sin el tradicional juguete de Pascuas. Si no hubieran tenido empeñado todo, habrían-

de barro, ni un tambor, que el pobre pequeñuelo del empleado no contemplara cuanto quiso. Perdió entonces su aire triste, su melancolía transmitida; no se acordó de que nada de lo que allí examinaba, de que ninguna de aquellas para él joyas inapreciables, se podría llevar á su casa; de que ni siquiera le sería permitido tocarlas, y se entregó al supremo gozo de nombrarlas, de dirigirles la palabra, de enaltecerlas, de compararlas unas con otras. Quizá tres horas se les marcharon en su concienzuda revista. Algunos vendedores concluyeron por fijarse en su insistencia y por no perderles de vista, por si acaso en cualquiera de las aglomeraciones de gente cargaban disimuladamente con un pastor. El cesante advirtió el recelo, pero la injuria rebotó en su espíritu curtido por el sufrimiento. No echó en saco roto, sin embargo, la muda advertencia; y á pesar de los ruegos de su hijo, le arrancó á su éxtasis y se lo llevó al pie de la farola, apartado del oleaje humano que bullía junto á las tenderas.

Y sucedió entonces una cosa inaudita. Un señorón de coche, un filántropo, al parecer, ó un neurótico, según los gustos, acababa de apearse del carruaje, y acaparando cuantos golfos se hallaba al paso, compraba á diestro y siniestro tambores y figuras, regalándoselos. Allí se dijo que era el agraciado con uno de los premios mayores del sorteo del día anterior, que celebraba así su buena sombra, haciendo felices á los pobres. Fuera lo que fuere, el caso es que la voz cundió en seguida en la plaza y empezaron á llover chiquillos de la calle. La que se armó es imposible contarla. Los rapaces no creían lo que veían, no se atrevían al pronto á coger el obsequio. La mayoría, desdichados pingos que nunca supieron en lo que consistía un juguete íntegro en poder suyo, lo

palpaban con respeto. «¿Pero es pa mí? ¿Pa mí? — ¡Sí, hombre, para tí! — ¡Viva usted!» Y se alejaban medio llorando de alegría, redobla que te redobla ó dale que le das á la zambomba, ó contemplando con amor el manto de púrpura de un rey mago. La gente, enterada del suceso, había formado corro alrededor del señorón generoso, comentando su esplendor, y ya los guardias comenzaban á pensar que *aquellu* acababa en motín y que resultaba un poco sospechoso que se repartieran de semejante modo y con ese derroche cosas bonitas á la pillería de los colilleros. Sería conveniente participar la novedad al *inspetor*, y ya en su conocimiento hallábanse libres de responsabilidad. Pero ¿de quién iban á decir que se trataba? ¡Bah! Sería de *seguru* algún republicante.

Toda esta maniobra fué presenciada por el pobre, por el desvalido cesante, y una idea súbita le acometió. Estaba salvado. Su pequeño tendría tambor. Con inmiscuirse entre la turba que se apelotonaba entre el señor de las dádivas, punto concluido. Quizá el niño atraparía algún pescocón en aquella batohola; mas se saldría del remolino con su juguete. El muchacho pensaba lo mismo, iba á lanzarse al grupo.

Todo en vano. Una lucha terrible se entabló en el ánimo del ex empleado, entre el deseo de obtener



Bacante, cuadro de Ricardo de Villodas

se quedado hasta sin lo imprescindible para comprárselo, hasta sin comer. La madre, madre al fin, sintió una triste inspiración. Eso no costaba dinero, se hallaba á su alcance. «¡Llévate el niño á la plaza de Santa Cruz á que vea los puestos de figuras!» dijo á su marido. Era una tortura tremenda examinar los pastores de barro y no llevarse uno, pero era cuanto podía hacerse. Por lo menos se distraería gozando de ese placer de los pobres: el contemplar lo que no está á su alcance. Y cogido de la mano para que no se extraviara entre la gente, he ahí á la dulce criatura vagando con su padre por entre los puestos de «Nacimientos.»

II

Llevaban una hora de escarceo detenido de puesto en puesto, aguantando empujones, pisotonés y codazos para colocarse en primera fila, á cambio de la exclamación airada de más de una señora al encontrarse al lado la astrosa figura del cesante. «¡Qué hará la policía que deja andar por aquí estos tipos?» No quedó, por modo tal, desde los finos y caros, que compraban los caballeros con gabán de pieles á los niños vestidos de terciopelo, hasta los ordinarios y baratos, patrimonio de los modestos burgueses, de los rapaces humildes, ni un peñasco, ni una figura

para su niño uno de los tambores ó de las figuras llovidas del cielo, y el pudor de su posición «de persona decente.» ¡Ah, no! No podía en modo alguno su hijo mezclarse con la golfería que se arremolinaba en torno al potentado, no podía ponerse á competir con los pilletes, su dignidad de miembro de la clase media le impedía pedir aquella limosna de alegría para la desgraciada criatura. ¡Mientras gastara sombrero hongol Y cogiendo al rapaz se lo llevó de prisa, no sin que éste volviera dos ó tres veces la cabeza hacia el codiciado tesoro que dejaba detrás. ¡Rubor explicable, pero triste, del proletariado de levita, que parece sin quejarse y que aquel día solemne del hogar dejó sin el apetecido redoblante, objeto de sus eternos anhelos, al muchacho, por el delito de gastar ropa de señorito, aunque raída, y «no estar bien» que alternara con los golfos de la calle, quizá y sin quizá más ricos que él!

A. PÉREZ NIEVA.

ESTATUA

DE ELOY GONZALO GARCÍA

obra de Aniceto Marinas

La hazaña realizada hace cinco años por Eloy Gonzalo García constituye uno de los más grandes y más hermosos episodios de la última guerra de Cuba, y elevó al humilde soldado antes desconocido á la categoría de héroe, cuyo nombre pronunció con asombro el mundo entero y cuya memoria perpetuará el monumento que en su honor se ha erigido en la capital de España, su ciudad natal.

Aunque el hecho á que nos referimos no lo habrán olvidado, sin duda, los que siguieron con interés las vicisitudes de aquella lucha tan infausta para nuestra patria, nos creemos obligados á recordarlo con motivo de la reproducción de la estatua que en esta página publicamos.

En el poblado de Cascorro (Camagüey), ciento setenta soldados, al mando del capitán Neila, se defendían con sin igual bravura de los ataques de tres mil insurrectos capitaneados por Máximo Gómez. Vanas fueron las intimaciones que éste les dirigía para que se rindieran; los emisarios que á tal efecto enviaba el jefe de la insurrección volvían siempre con la misma respuesta: aquel puñado de valientes estaba resuelto á pelear hasta morir. Quince días hacía que duraba aquella lucha desigual y desesperada; los sitiadores hacían incesante y mortífero fuego sobre los sitiados, y entre las posiciones que ocupaban, una de las principales era una casa cercana á los fuertes, de tal modo situada, que desde ella causaban los insurrectos á mansalva grandes bajas en las filas de los nuestros.

Era preciso destruir aquella casa, pero ¿cómo? No disponiendo el destacamento de ninguna artillería, sólo había un medio de desalojar de allí á los insurrectos, prender fuego al edificio; sin embargo, para ello era necesario salir de los fuertes, es decir, correr á una muerte segura. ¿Quién se expondría voluntariamente á un peligro tan cierto? Un soldado

ofrecióse á sacrificar su existencia por sus compañeros y por su patria; era Eloy Gonzalo García, el cual dirigiéndose al capitán le dijo: «Yo voy á prender fuego á esa casa; mas como sé que en ello me va la

abrazaron conmovidos al que tantas pruebas de valor tenía ya dadas durante la guerra, y aceptaron su sacrificio.

Al anochecer del día 5 de octubre, Eloy salió del poblado con el fusil al hombro, provisto de una lata de petróleo y atada á la cintura la cuerda; arrastrándose, á fin de no ser visto antes de realizar su propósito, avanzó hacia la casa, llegó hasta ella, roció con el petróleo sus paredes, prendió fuego con un fósforo al edificio y al poco rato aparecía éste envuelto en las llamas, y mientras unos cuantos soldados á las órdenes del teniente Perier perseguían á los rebeldes que huían del incendio, Eloy Gonzalo se reunía sano y salvo con sus compañeros, que le vitorearon con entusiasmo delirante.

El nombre del soldado se hizo popular; la Lonja de Víveres de la Habana regaló á Eloy mil pesos en oro y se dijo que se le otorgarían recompensas, que por grandes que hubiesen sido, nunca habrían resultado proporcionadas á la magnitud de su abnegación y de su heroísmo; pero algunos meses después, Eloy Gonzalo García moría obscuramente en el hospital de Matanzas, sin haber podido recibir en su patria el galardón merecido, sin haber podido escuchar las aclamaciones del pueblo de cuyo seno había salido y que se habría honrado enalteciéndole y festejándole.

Mas sus compatriotas, que no le olvidaron, han querido rendirle después de muerto los honores que en vida no pudieron tributarle, y el ayuntamiento de Madrid, al acordar la erección del monumento que se levanta en el más popular de los barrios de la corte, ha realizado un laudable acto de justicia.

La estatua que en él figura es obra del renombrado escultor Aniceto Marinas, el cual ha sabido imprimir en ella tanta expresión, tanto vigor, tanta vida, que contemplando aquella varonil figura, aquel ademán resuelto, aquella serenidad con que marcha hacia el peligro, nos sentimos hondamente impresionados y nos parece asistir al acto por el héroe realizado.

En cuanto á la parte plástica, el escultor ha logrado armonizar admirablemente la elegancia de la forma, con la severidad del asunto; el movimiento que caracteriza á la escuela moderna, con la pureza de líneas del arte clásico; el realismo indispensable cuando se trata de hechos y personajes de nuestros días, con el idealismo de que no puede prescindirse cuando estos personajes y estos hechos representan algo que se sale de los límites comunes y ordinarios para entrar en los dominios de lo verdaderamente heroico y de lo sublime.

La estatua ha sido fundida en los talleres de los señores Masriera y Campins de esta ciudad; quienes han demostrado una vez más el grado de perfección á que han elevado

su industria, poniéndola á la altura de los mejores establecimientos similares del extranjero. El artístico pedestal sobre que se alza es obra del arquitecto señor López Sallaberry. - R.



ESTATUA DE ELOY GONZALO GARCÍA, el héroe del Cascorro, que corona el monumento erigido en la plaza del Rastro de Madrid. Obra de Aniceto Marinas, fundida en los talleres de los Sres. Masriera y Campins, de Barcelona.

vida, y no quiero ni vivo ni muerto caer en manos de los mambises, me ataré una cuerda al cuerpo para que ustedes desde aquí puedan, tirando de ella, recoger mi cadáver.» El oficial y los demás soldados



LA VIRGEN Y EL NIÑO, cuadro de Pedro Mignard (Museo del Louvre)



LA SAGRADA FAMILIA, dibujo de José Triadó

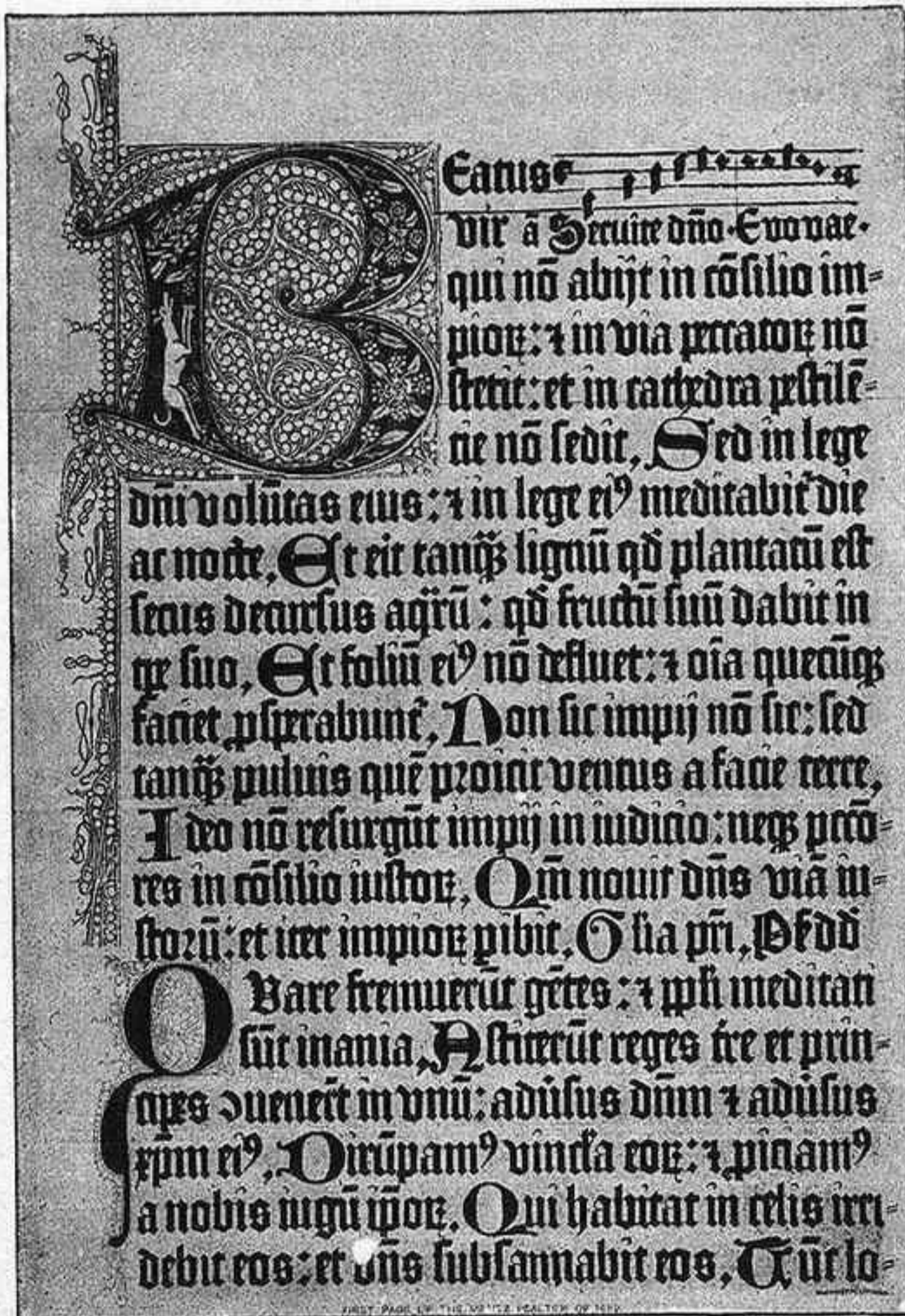
NUESTROS GRABADOS

Relieve recientemente descubierto en Pompeya.—Las excavaciones que incesantemente se practican en Pompeya dan lugar de cuando en cuando á interesantes descubrimientos que confirman cada vez más el alto grado de adelantamiento á que habían llegado en aquella ciudad la pintura y la escultura. No hace mucho tiempo se encontraron en la casa de los Vettios cuadros de belleza extraordinaria, y recientemente se ha realizado un hallazgo artístico que ha llamado con justicia la atención de los arqueólogos y de los aficionados á la antigüedad clásica. Excavando el lado oriental de la isla 3, región IV, quedó al descubierto en el jardín que hay á la entrada del segundo espacio la lámpara de mármol que adjunta reproducimos, de 60 centímetros de largo por 45 de alto, primorosamente esculpida y que, á juzgar por lo perfecto de su ejecución, data del siglo IV antes de Jesucristo. Es indudablemente de procedencia griega y representa el sacrificio de un cordero ofrecido á una diosa, seguramente á Afrodita, puesto que á ella se sacrificaban corderos y palomos. Hay además otros datos para creer que se trata de esta divinidad y son los atributos que ostenta; en efecto, en la antigüedad solía representarse á Afrodita con cetro y diadema, tal como está en el relieve. En éste hay otras siete figuras, que son: un joven que conduce el carnero, tres niños y tres adultos, un hombre y dos mujeres, que son seguramente los que ofrecen el sacrificio. El relieve está delicadamente esculpido, y debe ser obra de uno de los mejores artistas griegos de su tiempo.



RELIEVE RECIENTEMENTE DESCUBIERTO EN POMPEYA

Página del «Codex Psalterum» impreso en 1459 por Fust y Schoeffer.—El ejemplar del «Codex Psalterum» recientemente vendido en Londres por Mr. Quaritch á Mr. Pierpont Morgan por 5.250 libras esterlinas (131.250 pesetas), es uno de los doce ejemplares que hoy en día existen de la edición de aquel libro hecha en 1459 por Fust y Schoeffer. El volumen está impreso en caracteres góticos y contiene 136 hojas de pergamino impresas por ambos lados. Las iniciales y las líneas entre cada salmo y cada cántico son de color encarnado y azul. De esta obra, primorosamente ejecutada, no se tiraron, según se cree, más que cuarenta ó cincuenta ejemplares.



Una página del ejemplar del «Codex Psalterum» impreso en 1459 por Fust y Schoeffer y vendido recientemente en Londres por Mr. Quarich en 5.250 libras esterlinas (131.250 pts.)

Contrastes de Nochebuena, dibujo de Narciso Méndez Branga.—¿A cuántas consideraciones se presta esta bellísima composición del distinguido dibujante madrileño! El contraste que en ella se ofrece á nuestros ojos no es más que una de tantas manifestaciones de esa desigualdad que todas las conquistas de la civilización no han bastado á destruir, de esa desigualdad que inspira sentimientos de desesperación y de odio á los que consideran que el fin único y supremo del hombre se ha de realizar en esta vida terrena, pero que sobre-

llevan con resignación los que fortalecidos por la fe estiman la existencia pasajera en este mundo como preparación para vivir eternamente en otro mejor, los que saben que el Hijo de Dios, al hacerse hombre, quiso nacer en humilde pesebre y por redimir á la humanidad sufrió martirios sin cuento y murió de

La Sagrada Familia, dibujo de José Triadó.—Bien conocido es de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA el nombre de este joven y distinguido dibujante; las muchas composiciones suyas que llevamos publicadas constituyen otras tantas demostraciones de las excepcionales aptitudes que para el cultivo del arte reúne el justamente celebrado artista, que en todas hace gala de su originalidad y de la solidez de sus conocimientos técnicos. Triadó se aparta por completo de lo vulgar; aun tratando los asuntos más gastados, sabe encontrar un modo propio de darles forma, así es que en todos sus dibujos aparece perfectamente marcado el sello de su personalidad. *La Sagrada Familia*, que en este número publicamos, es la mejor prueba de la verdad de nuestra afirmación: el tema ha inspirado á pintores y dibujantes de todos los países y de todas las épocas; por millares se cuentan las obras que lo reproducen, y sin embargo Triadó ha sabido presentarlo de una manera nueva, dando especial importancia al elemento decorativo, sin que con ello resulten perjudicadas las figuras, para cada una de las cuales ha logrado encontrar la expresión que le corresponde, y antes por el contrario, haciéndolas resaltar con mayor vigor y consiguiendo una armonía perfecta entre unas y otro.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA. *Salón París.*—La Sociedad Artística y Literaria ha celebrado últimamente en el Salón Parés una notabilísima exposición de cuadros al óleo que con justicia ha llamado la atención y merecido el aplauso de los aficionados. Las obras expuestas

han sido pocas en número, pero todas de gran valía, habiéndose propuesto sus autores, artistas reputadísimos todos ellos, presentar lienzos tratados con verdadero cariño y perfectamente estudiados. No disponiendo en esta sección de espacio para ocuparnos detalladamente de ellas, diremos tan sólo que estaban avaloradas por firmas tan conocidas como las de Modesto Urgell, Galwey, Tamburini, Ricardo Urgell, Cusí, Graner, Tolosa, Brull, Vilallonga y Malagrida.

El salón en donde la exposición se ha celebrado estaba decorado con gran lujo y gusto exquisito con objetos de gran valor artístico, como bustos en bronce y tierra cocida, relieves, jarrones de porcelana, vidrios de Hungría, admirablemente combinados con grupos de plantas, por lo que sinceramente felicitamos al Sr. Parés, que tanto ha contribuido al desenvolvimiento del arte en nuestra ciudad.

Bacante, cuadro de Ricardo Villodas.—El nombre de este artista figura entre los de nuestros primeros pintores contemporáneos. Desde su primera aparición en la Exposición aragonesa de 1868, su carrera ha sido una serie continuada de triunfos, habiendo conquistado honrosos premios y viendo adquiridas sus principales obras por inteligentes é ilustres aficionados, entre los cuales podemos citar á D. Alfonso XII y á la infanta doña Isabel. Ha cultivado los más diversos géneros, produciendo en el histórico páginas tan hermosas como *La muerte de César*, *Mensaje del rey Carlos I al cardenal Cisneros* y *Naumaquia en tiempos de Augusto*, en el de costumbres cuadros tan notables como *El reparto de la sopa*, *Jaque-mate* y *Lectura profana*, y en el imaginativo, por decirlo así, ese bellísimo busto de *Bacante* que reproducimos, y que por la corrección y firmeza de líneas, por la suavidad de tonos y por la elegancia del conjunto, es digna del pincel del insigne maestro y merece las más sinceras alabanzas.

La Virgen y el Niño, cuadro de Pedro Mignard.—Floreció este pintor en Francia en el siglo XVII, y después de haber recibido durante un año las lecciones del célebre grabador de Bourges Juan Bucher, de haber trabajado solo, sin maestros, en su ciudad natal, Troyes, y de haberse perfeccionado estudiando las obras maestras de la escuela italiana acumuladas en Fontainebleau, entró por recomendación del mariscal Vintimille en el taller de Vouet, el cual apreciando debidamente el talento de su alumno, lo introdujo en la corte, haciéndolo nombrar profesor de la señorita de Montpensier, hija de Gastón de Orleans. En 1635 marchó á Roma, en donde no tardó en hacerse famoso por sus retratos, habiendo pintado entre otros los de los papas Urbano VIII y Alejandro VII, del cardenal Panfilii y de dos cardenales de la familia de los Médicis. En 1653 pasó á Venecia y de allí á Florencia, Parma, Módena, Mantua y Bolonia, y cinco años después regresó á París, llamado por Luis XIV, quien le encargó su retrato destinado á su prometida María Teresa. El éxito de esta obra fué tan grande, que la reina madre le nombró pintor de cámara y le confió el decorado de la cúpula de Val de Grace, y todas las damas y los hombres más ilustres de la corte quisieron ser retratados por Mignard, quien murió en París en 31 de mayo de 1695. Fué indudablemente el mejor colorista de su tiempo y uno de los pintores dotados de mayor habilidad técnica; el número de sus obras es prodigioso, conservándose muchas de ellas en los principales museos del mundo. *La Virgen y el Niño* que reproducimos figura en el del Louvre y se reputa como uno de los más hermosos cuadros á su pincel debidos y tal vez como la mejor de esa serie de pinturas de Vírgenes tan admiradas y que merecieron el calificativo de *mignardes*, palabra de doble sentido, que al mismo tiempo que el nombre del pintor, señalaba la cualidad de elegantes, graciosas, delicadas que á tales pinturas caracteriza.

Teatros.—Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito: en Romea *La casa dels valents*, sainete en un acto de Jofre Pelat; en el Principal *Sin gobierno*, comedia en tres actos de Manuel Rovira y Serra; y en el Eldorado *El coco*, zarzuela en un acto y tres cuadros, letra de los Sres. Jackson Veyan y Francos Rodríguez y música del maestro Vives. En el Liceo se ha celebrado el beneficio del tenor Sr. Palet, á quien el público tributó una ovación entusiasta, y se han cantado *Stegfried*, admirablemente dirigida por el maestro Fischer y en cuya ejecución raya á gran altura el tenor Sr. Grani, y la lindísima ópera de Humperdink *Hansel é Gratel*, en la que han obtenido grandes aplausos la Srta. Bardi y la Sra. Scholler. En Novedades ha dado una corta serie de representaciones el eminente actor italiano Ermete Zacconi, habiendo sido objeto de sendas ovaciones en cuantas obras ha puesto en escena, y habiendo estrenado *La potencia delle tenebre*, de Tolstoi, que obtuvo mediano éxito, y *Anime solitarie*, bellísima obra de Hauptmann, que fué muy bien acogida por el público y en cuya ejecución se distinguió especialmente, además del Sr. Zacconi, la notable actriz Sra. Cristina. En el propio teatro de Novedades ha dado el «Orfeo Catalá» un notabilísimo concierto, en el cual se cantaron las composiciones que mayores aplausos han obtenido en la reciente excursión por aquél verificada á algunas ciudades del Mediodía de Francia, excursión que bien puede calificarse de triunfal: el Orfeo cantó admirablemente, como de costumbre, y el maestro Millet y todos los artistas fueron aclamados y entusiastamente aplaudidos por el público que llenaba el teatro.

París.—Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *Le maison*, comedia en tres actos de Jorge Mitchel; en la Renaissance *Une blanche*, comedia en tres actos de Luciano Gleize; y en el teatro Antoine *Au telephone*, comedia en dos actos de Andrés de Lorde y Carlos Foley; *Le capitaine Blomet*, comedia en tres actos de Emilio Bergerat; *Les balances*, comedia en un acto de Jorge Courteline, y *Petite femme*, de la señorita Berta Reynold.

Necrología.—Han fallecido: Alberto Weber, sabio filólogo alemán, profesor de Lengua y Literatura de la antigua India de la Universidad de Berlín, miembro de la Academia de Ciencias de aquella capital. Egisto Sarri, notable pintor de historia italiano. Alejandro Onufriewitch Kowalewski, eminente geólogo ruso, profesor de la Universidad de San Petersburgo, miembro de honor de todas las sociedades de Historia Natural de las universidades rusas y de muchas academias extranjeras. José Rheinberger, notable músico y compositor alemán, profesor de la Real Escuela de Música de Munich y director de capilla de la corte de Baviera. Sra. Cella Thoma, pintora alemana celebrada por sus cuadros de flores y de naturaleza muerta.



STRAPONTIN.

POR J. BERR DE TURIQUE

ILUSTRACIONES DE G. CONRAD

STRAPONTÍN

I

El castillo de la Colina Verde y el del Bosque Florido, ambos situados en el Sarthe, no lejos de Sablé, distan uno de otro cuatro kilómetros aproximadamente.

Todos los días, cuando el conde Pedro de Courval sale en su boggy para dar su paseo matutino, pasa por delante de las paredes de cerca del castillo vecino que lindan con la carretera y están separadas de la calzada por un pequeño foso.

Todos los días también, la baronesa de Korbon, propietaria del Bosque Florido y cumplida amazona, al pasar al galope de su caballo *Strapontin* por los senderos del bosque, distingue al través de algún claro que dejan los árboles las torrecillas de la casa solariega rival en la vertiente de la colina.

Sucede asimismo, á veces, que el conde y la baronesa se encuentran.

¿Qué ocurre entonces?

¿Que se saludan ceremoniosamente ó que cambian algunas palabras, cual deben hacerlo dos castellanos de la misma comarca?

¡Error completo!

El conde y la baronesa vuelven la cabeza á la derecha, lo cual, yendo como van en dirección contraria, les permite aparéntar que no se han visto, y siguen su camino.

Sin embargo, la actitud de uno y otro no es la misma.

Así como la baronesa, en su afectado desdén, parece burlona, sonriente, el conde se muestra furioso y aun se le puede ver, después de algunos pasos, volverse y examinar á la amazona y al caballo hasta que una y otro han desaparecido de su vista.

— ¡Condenado pícaro, pícaro condenado!, exclama con rabia.

Sus cejas se fruncen, su mirada adquiere singular dureza, y continúa, durante una hora por lo menos, jurando y maldiciendo.

Y como en la naturaleza humana está el hacer pagar siempre á los demás el mal humor propio, de aquí que sea *Trottine*, su yegua normanda, la que pague los vidrios rotos.

Por esto el conde sacude su látigo corrigiendo con furor al animal, á pesar de que éste no tiene falta alguna que echarse en cara.

— ¡Anda, bestia maldita! ¡Corre! ¿Habrás visto perezosa? ¿No te sirve de estímulo el galope de un camarada como *Strapontin*? ¿No te da vergüenza?

Y el conde añade, hablando consigo mismo y teniendo todavía delante de sus ojos la imagen del alazán soberbio que acaba de encontrar un momento antes:

— ¡Qué fuego! ¡Qué sangre! ¡Y cuando pienso que esa mala pécora tiene la suerte de poseer un animal semejante!

Su cólera ha cambiado ya de objeto, y cesando de fustigar á *Trottine*, pónese á insultar á aquella mala pécora, por otro nombre la baronesa de Korbon, indigna de poseer aquel caballo.

— ¡Anda allá, presuntuosa! ¡Cuándo podré darme el gustazo de jugarle una mala partida!

Y tortura su imaginación pensando en qué podrá hacer que sea muy desagradable para su enemiga, tranquilizándose si por acaso ha dado, antes de regresar á la Colina Verde, con el medio de anticiparsele en la adquisición de un trozo de campo por ella deseado, ó de quitarle, dándole mayor salario, algún servidor de quien la baronesa se envanecía, ó hasta, merced á alguna triquiñuela de procedimiento, de promoverle un pleito con motivo de los derechos inciertos de propiedad sobre una parcela de tierra, por otra parte improductiva.

Entonces, cuando ha conseguido un resultado, se le ve subir la escalinata de su castillo frotándose las manos y con el aspecto alegre del hombre que no ha perdido la mañana, poniendo inmediatamente en ejecución el proyecto concebido.

La mayor parte del tiempo, trátase de operar con papel sellado.

II

— Pero señor conde, objetaba el notario del lugar, excelente sujeto, hombre pacífico, á quien su cliente había llamado á toda prisa, le aseguro que nada indica, como usted parece creer, que ese caminito que conduce de la granja al río sea de propiedad exclusiva de usted.

— Dispense usted, querido notario. Los títulos de propiedad... Las servidumbres consignadas en el catastro...

— Sí, sí, lo sé perfectamente... Todo esto puede discutirse... Pero tenga usted en cuenta que la baronesa, que tiene más interés que usted en poder pasar por ese camino, porque ello le evita tener que dar un rodeo por el camino real, no cederá sin resistencia, lo cual dará lugar á un pleito.

— Perfectamente, esto es lo que quiero, mi buen notario.

Pero el notario, el Sr. Clavin, espíritu conciliador por excelencia, no pudo menos de replicar:

— ¿Un pleito? ¿Y por qué?.. En primer lugar, usted no tiene la seguridad de ganarlo... Y luego, aunque lo gane, ¿qué le importa á usted, puesto que jamás utiliza ese caminito?.. De modo que el litigio sólo puede tener por objeto molestar á la baronesa...

— ¡Pues sí, mi buen Clavin, repuso el conde soltando la carcajada, precisamente esto es lo que quiero!.. ¡Quiero mortificarla y nada más!.. Y ya verá usted lo que vamos á divertirnos. Desde mañana, en cuanto esté presentada la demanda, mandaré poner una valla al través del sendero.

— ¡Oh!

— Sí, continuó diciendo el conde sin dejar de reír, una pequeña valla de madera, no muy alta, pero sólida, clavada en tierra... Y cuando la baronesa llegue y se encuentre con este obstáculo, tal vez sin esperar si el alguacil no le ha entregado todavía la citación, no podrá pasar adelante y se verá obligada á volverse atrás.

— A no ser que aplicando un buen latigazo á *Strapontin*, que no tiene rival como saltador, pase por encima de la valla mofándose de usted.

— ¡Rayos y truenos!..

El conde, fuera de sí al oír tal observación, púsose encarnado como un tomate; á poco más, cae herido por un ataque de apoplejía. ¡Era verdad que *Strapontin* sería muy capaz de jugarle esa mala partida!

Y parecióle presenciar ya la escena, vió á la baronesa venciendo aquel obstáculo y oyó su burlona carcajada.

Y á medida que su rabia se acentuaba, sentía crecer sus malos instintos.

— Tiene usted razón, Clavin, dijo con maligna sonrisa, y hace usted bien en advertirme; por esto daré á mi valla, se lo aseguro, una altura suficiente para descorazonar á las más intrépidas amazonas, y pondré encima puntas de hierro y cascos de botellas; de este modo si la señora de Korbon, impulsada por un sentimiento de provocación, quiere intentar el escalamiento, habrá muchas probabilidades de que una buena caída...

— ¡Oh, señor conde!.. ¿Es posible?.. ¿Llegaría su maldad á este punto?..

— ¡Maldad, maldad! No soy yo el malo, sino la baronesa.

Al oír esto, el Sr. Clavin juntó las manos escandalizado.

— ¿Ella mala? ¡Esa mujer tan digna, tan buena, tan compasiva para todos los que sufren! ¿Pero qué es lo que le ha hecho á usted para que así hable de ella?

— ¿Qué me ha hecho, Sr. Clavin?.. ¿Qué, no lo sabe usted?

— ¡Qué he de saber, señor conde!.. Desde hace dos años que estoy establecido aquí, en donde he comprado el despacho del Sr. Alloré, oigo decir que usted y la baronesa están á matar, y he podido también observar por mí mismo todas las jugarretas de que, dicho sea con el debido respeto, ha hecho usted objeto á la castellana del Bosque Florido, convenciéndome de que usted quiere más mal que bien á esa señora... Pero no sé más... Y como la más elemental discreción me vedaba interrogar á usted...

— Pues bien, Clavin, dígame, que voy á contárselo todo. Y luego me dirá usted en conciencia si tengo motivos para detestar á esa mujer.

La historia debía ser larga, porque el Sr. de Courval hizo que les sirvieran cerveza, ofreció un cigarro á su interlocutor, tomó él también uno, y sentándose en una cómoda postura, comenzó su relato.

III

— Sepa usted, pues, mi buen Clavin, si es que la gente de esta tierra no se lo ha contado ya, que no siempre he habitado el castillo de la Verde Colina en donde me ve usted instalado. Dueño absoluto de mi fortuna desde que llegué á mi mayor edad, empecé por vivir en París, en donde, viéndome rico y sin necesidad de privarme de nada, llevé una vida por demás alegre, divirtiéndome cuanto puede divertirse un hombre no mal parecido y que no repara en tirar el dinero. Esta existencia habría quizás continuado, si la casualidad no me hubiese puesto una

noche, en un baile, en presencia de una joven de soberana belleza, por la que sentí inmediatamente un amor loco.

—¿Y la pidió usted en matrimonio?, preguntó

pariente acababa de legarme... Aquí viví dos años tranquilamente, ocupándome de arrendamientos, de labores agrícolas, cazando, dando largos paseos á caballo; en una palabra, adormeciéndome lo mejor que pude mi dolor fatigándome lo más posible, cuando...

—¿Cuándo?.., repitió Clavin aguijoneado por la curiosidad como el lector de un folletín al llegar al «continuará en el próximo número.»

— Cuando corrió por la comarca el rumor de que una tal señora de Korbon, viuda joven, acababa de comprar el castillo del Bosque Florido, que estaba en venta, desde hacía muchos meses, por defunción de su propietario.

— ¡Hola, hola!

— Sí ¡hola, hola!.. Esto mismo exclamé yo, como comprenderéis... Aquella noticia me produjo el efecto de un rayo... Gisela, tal es el nombre de la baronesa, era, pues, viuda, cosa que yo ignoraba. ¡Qué dicha! Y la casualidad, ese dios de los enamorados, hacía que precisamente viniera á instalarse á pocos kilómetros de mi casa... ¡Iba, por consiguiente, á verla!.. ¿Y quién sabe? Tal vez la simpatía que no había sabido inspirarle el parisiense, podría el hidalgo campesino...

— ¡Comprendido, compren-

— ¡Muy bien razonado!

— ¿Lo cree usted así?.. Pues va usted á ver... Ocho días después de aquella visita nos encontramos á la entrada del pueblo... La saludé, como era natural... y ni siquiera se dignó corresponder á mi saludo, sino que pasó sin volver la cabeza.

— ¡Diantre!

— Entonces me dije: «Bueno, ya sé á qué atenerme. Quiere hacer ver que no me conoce.» Y para consolarme de aquel nuevo contratiempo, volví á mis ejercicios físicos, dedicándome á la caza mayor, á domar caballos resabiados...

— ¡Vaya un capricho!.. Parece que estas cosas á mí no me consolarían, aventuróse á decir el señor Clavin; á bien que, como dice el refrán, «de gustos no hay nada escrito.»

Después de un instante, prosiguió diciendo el conde:

— Hasta aquí, era sólo el silencio, acaso el desdén... Pero no tardó en venir la hostilidad declarada... La baronesa me ha despojado del lugar que ocupaba yo en la comarca... Tenía yo mis pobres, que me estaban agradecidos por lo que hacía por ellos; la fortuna de la baronesa, más considerable que la mía, le permite darles más y me priva hasta de su agradecimiento... ¿Cómo lo hace? Lo ignoro. Pero lo cierto es que está al acecho de todos mis deseos, y si hay algo que yo ambicione, antes de tener tiempo para adquirirlo, ya lo ha adquirido ella... ¿Hay algún aldeano de por aquí que tiene para vender un arca vieja que estaría admirablemente en mi comedor? Pues antes de que yo haya ido á examinarla, ya está vendida... ¿Y á quién? A ella. ¡Siempre á ella!.. Necesito una vaca bretona; el tío Ruffec tiene precisamente una para vender; corro á tratar el negocio, pero ¡ya es tarde! El trato ya está hecho con la baronesa. ¡Siempre con ella!.. En fin, hasta ese admirable caballo, *Strapontín*, que deseaba ardientemente poseer y de cuyo dueño tenía ya la palabra, ella me lo ha birlado, pagando el doble, únicamente porque había oído decir que me gustaba... ¡Y si pudiera ver usted la sonrisa burlona que anima su rostro cuando la encuentro montando ese animal! Parece que me dice: «¿Qué tal, amigo mío, qué tal? ¿Qué te va pareciendo todo esto?» Le digo á usted que es una enemiga mía, una verdadera enemiga

El conde se había puesto encarnado de ira.

— ¡V esta vida dura desde hace dos años!.. ¡Y estoy harto ya de ella!.. ¡Y voy á tomar el desquite!.. ¡Adelante, que esta vez habré dado con el verdadero camino!.. Papel sellado y una valla, ¡una buena valla!.. Tendrá que dar un rodeo, pues tal es mi voluntad, un largo rodeo, y se verá obligada á pasar por un camino lleno de polvo, abrasado por el sol y sin un mal árbol que le dé sombra... Y si salta..., ¡peor para ella!.., ¡cuidado con la voltereta!

IV

Desde hace dos años, es decir, desde que la baronesa de Korbon se instaló en la comarca, aquel día es el primero en que el conde de Courval parece satisfecho; y hace un momento, cuando encontró á su enemiga montada en *Strapontín*, en vez del gruñido sordo con que suele acoger su aparición, se sonrió maliciosamente.

— ¡Anda, ve, corre en línea recta, hermosa amazona!.. ¡Dirígete hacia el lado del río! ¡Ya veremos la cara que pones!

Y preciso es creer que aquella sonrisa excepcional tenía realmente una significación extraña, puesto que la baronesa, á pesar de la velocidad con que pasó por delante del conde, no había dejado de observarla.

— ¡Hola, hola! ¿Qué es lo que estará preparando mi enemigo?

Pero sin que esta idea fuera bastante á detenerla, siguió su camino.

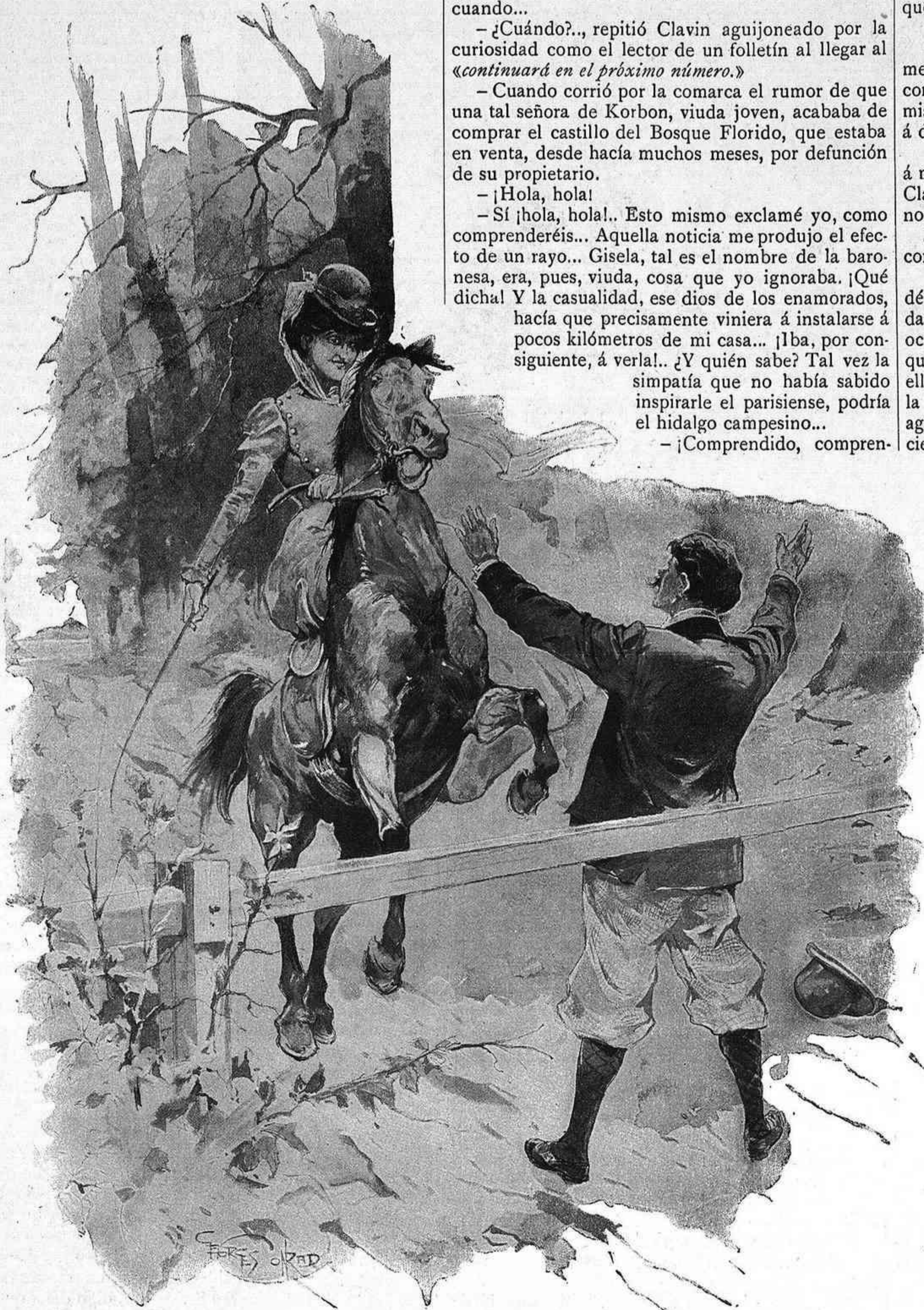
Hacia un tiempo magnífico, y á pesar de ser todavía muy temprano, el sol calentaba de lo lindo.

«Hermoso paseo, pero algo caluroso — pensaba la amazona; — afortunadamente pronto voy á llegar á la sombra pasando por el caminito que conduce al río.»

Y añadió maliciosamente:

— Sin embargo, si á mi vecino se le ocurriese que podía causarme una gran desazón obstruyendo ese sendero cuya propiedad, ó por lo menos el derecho de paso, le pertenece en cierto modo, ¡cómo se apresuraría á hacerlo!

Y animando á *Strapontín* siguió adelante. ¿Qué hacía el conde en aquel momento?



Y el conde, descubierto y apoyado en la valla, va á hacerse aplastar la cabeza por los cascos del caballo

Clavin interrumpiéndole orgulloso por haber adivinado lo ocurrido, dando con ello al conde una prueba de su perspicacia.

— Exactamente, mi buen Clavin, respondió el conde sin poder contener una sonrisa.

— ¿Y qué más?..

— Que mi petición fué rechazada... Y esto que la joven me había dado á comprender que yo no le disgustaba y que me aceptaría... Pero ¡las mujeres!.. En una palabra, los padres me despidieron sin siquiera dejarme ver á la que amaba...

— ¡Ah, diantre!.. ¿Y ella no le correspondía?

— Es de suponer que no, puesto que se casó con otro, el señor barón de Korbon.

— Ya comprendo. Resentimiento de amor.

— No, Clavin, no acierta usted. Espere usted un poco.

— Ya escucho, señor conde, y no diré una palabra más.

— Desde aquel momento, siguió diciendo el conde, comprendí que había acabado para mí toda felicidad... París con sus placeres vanos, con sus decoraciones ficticias, su tumultuoso torbellino, me inspiró de repente horror, y resuelto á huir de la sociedad, me apresuré á refugiarme en esta finca que un

didol, exclamó Clavin, impaciente por llegar al momento psicológico.

— ¿Qué hacer en situación semejante? ¿Qué actitud adoptar?.. En cuanto estuvo instalada mi vecina, presentéme en su casa y le hice pasar mi tarjeta, en la que había escrito: «El conde de Courval tendría vivísima satisfacción, á título de vecino, en ofrecer sus respetos á la señora baronesa de Korbon, se pone completamente á sus órdenes y se consideraría muy dichoso si pudiera serle de alguna utilidad en medio de las dificultades que forzosamente habrá de encontrar en su instalación en una comarca para ella desconocida.»

— ¡Magnífico!

— ¿Verdad?

— ¿Y le recibió á usted?

— No; me hizo contestar por un criado que llevando todavía luto por su marido, se había impuesto como regla de conducta el no ver á nadie.

— Hasta aquí no veo todavía qué ofensa...

— Espere usted... Yo, inocentón como soy, creí de buena fe lo que me decía y pensé: «¡Paciencia!.. El luto no será eterno... Un día ú otro la encontraré en la carretera, nos saludaremos, más adelante cruzaremos algunas palabras, y así poquito á poco...»

Acababa de detenerse en la carretera.
«¿Qué pasará cuando llegue delante de la valla? — pensó. — Lo mismo si salta que si da un rodeo, no sabré lo que haya ocurrido... Y según opte por una ó por otra resolución, el resultado ha de ser muy diferente: ó seré yo quien me burle de ella, ó ella quien se burle de mí... ¿Cómo saberlo? ¡Ah, se me ocurre una ideal...»

Precisamente cerca de allí había un muchacho; el conde bajó del coche y confiando su yegua *Trottine* al cuidado de aquél, le dijo:

— Toma, coge las riendas y espérame; á mi vuelta te daré una propina.

Y echando á correr á campo travesía, dirigióse al sitio del combate.

— ¡Va á ser una cosa curiosa!.. Llego tres segundos antes que ella, me siento en el banquillo de piedra fumando un cigarrillo, como si la casualidad me hubiese hecho escoger aquel sitio para descansar, y cuando aparezca la baronesa, después de haber visto la valla, lo primero que ve es á mí... Y entonces no hay medio de escapar; necesariamente tiene que retroceder, y esto significa la retirada delante del enemigo, la confesión de la derrota, en una palabra... A menos de que salte... Pero no saltará... Es punto menos que imposible... Sería demasiado peligroso, casi sería correr á una muerte segura.

V

Allí está el conde, sentado en el banco de piedra y fumando su cigarrillo con aire indiferente.

De pronto se oye el ruido del galope de un caballo.

Es la baronesa, que se para de repente... *Strapontin* retrocede una línea, asustado ante aquel obstáculo para él desconocido.

La amazona se ha hecho en seguida cargo de la situación.

— ¡Hola, hola!.. ¡Trabajos de defensa del enemigo!, exclama en alta voz antes de haber advertido la presencia del conde.

Pero el Sr. de Courval acaba de levantarse y saluda irónicamente.

La baronesa se sonroja.

El caballo da varias vueltas, impaciente, pues comprende que ya no le sujeta una mano firme.

En efecto, la señora de Korbon, vacilante, sintiendo latir ligeramente su corazón, duda acerca de la resolución que ha de adoptar.

¿Volverse atrás?... ¿Saltar?..

Si el Sr. de Courval no hubiese estado allí, seguramente habría vuelto grupas y preferido dar un rodeo; esto era lo que la razón aconsejaba.

¡Pero el Sr. de Courval la está observando!

Entonces la amazona se afirma sólidamente sobre la silla, sujeta fuertemente las riendas con la mano, y alzando el látigo parece tomar terreno para dar el salto.

«Supongo que no saltará» — dice para sus aden-



... el Sr. de Courval y la baronesa de Korbon continúan sentados en el banco de piedra

tros el conde, que se ha puesto extraordinariamente pálido.

La baronesa pronuncia algunas palabras para animar al caballo, le acaricia el cuello para halagarlo y al fin grita:

— ¡Hop la!

Pero el conde se lanza á su encuentro.

— ¡Señora, no cometerá usted esa locura!.. ¡Se expone usted á matarse!

— Tal vez.

— ¡Deténgase usted, le digo!

— No.

— ¡Corriente!.. ¡Pero en tal caso, corramos el riesgo juntos!

Y el conde, descubierto y apoyado en la valla, va á hacerse aplastar la cabeza por los cascos del caballo.

La baronesa se para de repente, palideciendo á su vez.

Un momento más, y tomado el impulso habríale sido imposible retener al animal.

Instante de emoción, como se comprenderá, por una y otra parte.

El conde y la baronesa se contemplan largo rato en silencio.

Ha llegado la ocasión de explicarse; si no la aprovechan, no es fácil que vuelvan á encontrar otra más propicia.

— Confíese usted, señora, que me odia, dice el señor de Courval.

— ¿Y usted?... ¿No hace acaso algo peor?... ¡La indiferencia más desdeñosa!

¿Indiferencia?... ¿Desdén?... ¡Oh, esto es demasiado!.. Ante tal acusación, el conde se revuelve indignado.

— ¿Indiferente?... ¡Yo que la he adorado!.. ¡Yo que la adoro todavía, á pesar de todo!

— ¿Usted?... ¡No diga usted eso! Si fuese cierto, ¿cómo habría usted permitido que me casara con el señor de Korbon, cuando mis semi-confesiones indicaban demasiado...

— ¡Pero si fueron los padres de usted los que me negaron su mano, diciendo que me había forjado ilusiones acerca de sentimientos que jamás había usted experimentado por mí!

— ¡Oh!..

VI

— Pero ¿qué hace el conde?, se preguntan las gentes de la Colina Verde.

— Pero ¿qué habrá sido de la baronesa?, piensan las del Bosque Florido.

En efecto, son las doce y media del día y el señor de Courval y la señora baronesa de Korbon continúan sentados en el banco de piedra, enlazadas las manos, mientras *Strapontin* se come las hojas de los árboles y *Trottine* sigue esperando en la carretera, sin pensar que ha sonado hace rato la hora del almuerzo.

Lo cual demuestra que si los grandes dolores aguzan á veces el apetito, no sucede lo mismo con las grandes alegrías.

Inútil es decir que se va á quitar la valla para dejar el paso libre á la señora de Korbon, y que el señor de Courval podrá proporcionarse también de cuando en cuando el gustazo de darse un paseo montado en *Strapontin*, que ha sido puesto á su disposición.

FIN

LAS ESPIGAS DE ORO, POR RAFAEL CHICHÓN

Labrador modesto, pero con hacienda bastante para disfrutar de la relativa independencia á que puede aspirar el hombre, sin escasez y sin lujo; honrado, laborioso é inteligente en el negocio que *llevará por delante*, Nicasio el de Fuente Clara vivía, si apenado por la viudez en que le dejara la prematura muerte de la más dulce y hacendosa compañera, afanoso por labrar, al par que sus tierrecicas, un porvenir venturoso para sus hijos Rufino y Marcela.

Cuando la herida moral se iba cerrando, merced al bálsamo del tiempo, á las gracias y encantos de su Marcela, que la hacían la más apuesta y garrida moza de la comarca, y á la singular viveza y natural despejo de su primogénito Rufino, quiso la fatalidad malograr la apacibilidad de su vejez. Una mañana, muy de mañana, hallándose atareado en sus labores campestres, formóse formidable tormenta, desgarróse la negra nube que cubría el horizonte, y al unísono inundóse el valle de una fulgurante claridad y atronó el espacio un tremendo estampido, que ensordeció á toda la naturaleza viviente de aquellos contornos. Cayó á tierra Nicasio, compelido por la próxima descarga eléctrica, y al levantarse abrió desmesuradamente los ojos, miró en derredor y nada vió: había quedado ciego.

Transcurridos algunos años desde que sufriera tan horrible desventura, veíasele recluso en su casa, sentado en un sillón, abatido, acongojado, pasando frecuentemente las cuentas de su rosario, murmurando sus labios constantes plegarias y pidiendo en postulaciones fervorosas la paz para su casa y pan honrado para sus infortunados hijos.

Pero todo en vano.

Rufino, salvo del servicio militar por exención justificada, lejos de proseguir la honrada é inteligen-

te labor del padre, aplicó su natural despejo al cultivo de todas las truhanerías y de todas las vilezas. Trocó la esteva por los naipes, la asiduidad á la labor por la concurrencia cotidiana á la taberna, de la cual era comensal preeminente; y rondando mozas y armando camorra pasaba las noches, en tanto que la hacienda yacía abandonada y hartó mermada y comprometida, á causa de ventas y de préstamos con cuyo producto poder subvenir á sus francachelas y dilapidaciones.

Báculo y consuelo y única esperanza del atribulado ciego, Marcela atenuaba y contenía el desastre con sus solicitudes y economías y con su trabajo personal, tan rudo é incesante que rayaba en grado heroico. Por sus virtudes y por su entereza de carácter era respetada de todos; de todos, menos de un malvado, del cacique máximo de Fuente Clara, hombre cincuentón, avaro, déspota, vampiro y sátiro enfrenado, que no respetaba honras, ni vidas, ni haciendas, y que, merced á su cacicato, vivía y medraba con la impunidad más absoluta. D. Felipe, que así se llamaba el señor feudal de Fuente Clara, cortejaba tenazmente á Marcela, y siempre sin fortuna, porque Marcela no se prestaba á ser su mancha á cambio de deslumbradoras dádivas y vanidades.

Avecinábanse las faenas de la siega, y Marcela carecía de todo recurso para recoger la exigua cosecha de sus mermados campos. El viejo Nicasio debía á D. Felipe sumas que tomara en préstamo, con hipoteca á retro, para librar del presidio á su encanallado Rufino, para atender á sus labores y al propio sustento. El retro vencía en plazo perentorio, y no pudiendo cancelarlo, la miseria y la desesperación les quedarían como único patrimonio.

El verdugo dió una vuelta más al tornillo.

Una tarde, haciéndose el encontradizo con Marcela en las afueras del pueblo, repitió sus infames proposiciones, adobadas con amenazas que ateneaban el corazón de la infeliz doncella. Formuló el cacique su *ultimátum*: ó la miseria ó la opulencia; tanta opulencia, que prometía trocar las espigas de los prados de su codiciada presa en *espigas de oro*.

Anonadada, consternada, con infinita angustia en el corazón, vertiendo á raudales lágrimas sus hermosos ojos, caminó Marcela inconscientemente hasta bien entrada la noche. Cuando la fatiga la rindió, hallóse frente á la ermita de la Virgen de la Soledad, imagen luengos siglos venerada por todos los pobladores de la comarca. Prosternada en la gradería de piedra que da acceso al santuario, imploró con intenso fervor, con profundo anhelo, el divino auxilio de su Virgen patrona; elevó su espíritu hacia la Santísima Madre del Redentor con unción seráfica, en demanda de socorro y auxilio, para librar con su honra la de su triste padre, y con la honra, la menuada hacienda, para preservarlo de las torturas de la miseria en su ya amargada ancianidad.

Dícese por los naturales de más edad de Fuente Clara que la Virgen consoló á Marcela; que la inundó de una vivísima luz, de una luz celestial, cuyos reflejos no se extinguieron hasta que, llegada á su casa, hiriendo las apagadas pupilas de Nicasio, le tornaron la vista.

Y dicen también que, acompañada de su padre, vieron, al despuntar el alba, que las espigas de sus prados eran de oro...

RAFAEL CHICHÓN.

LOS DEPORTES

EN LA EDUCACIÓN DE LOS CIEGOS

(Conclusión)

Muchos creerán, por lo que dejamos escrito, que este cultivo de los deportes ha de resultar perjudicial para la enseñanza de la música y de otras especialidades, pues en el colegio se dedican también algunas horas á los ejercicios manuales, no á los oficios mecánicos; y sin embargo, no sucede así, sino que, por el contrario, los resultados obtenidos no pueden ser mejores para la propáganda de este sistema pedagógico que consiste en distribuir por igual el trabajo del cuerpo y el de la inteligencia.

El director del colegio ha tenido empeño, siempre que han visitado el establecimiento autoridades musicales, en patentizar las aptitudes de sus alumnos, habiendo éstos merecido en varias ocasiones grandes elogios, entre otros, del célebre músico alemán Hans de Bülow, que dirigió allí personalmente el Oratorio de Navidad de Bach.

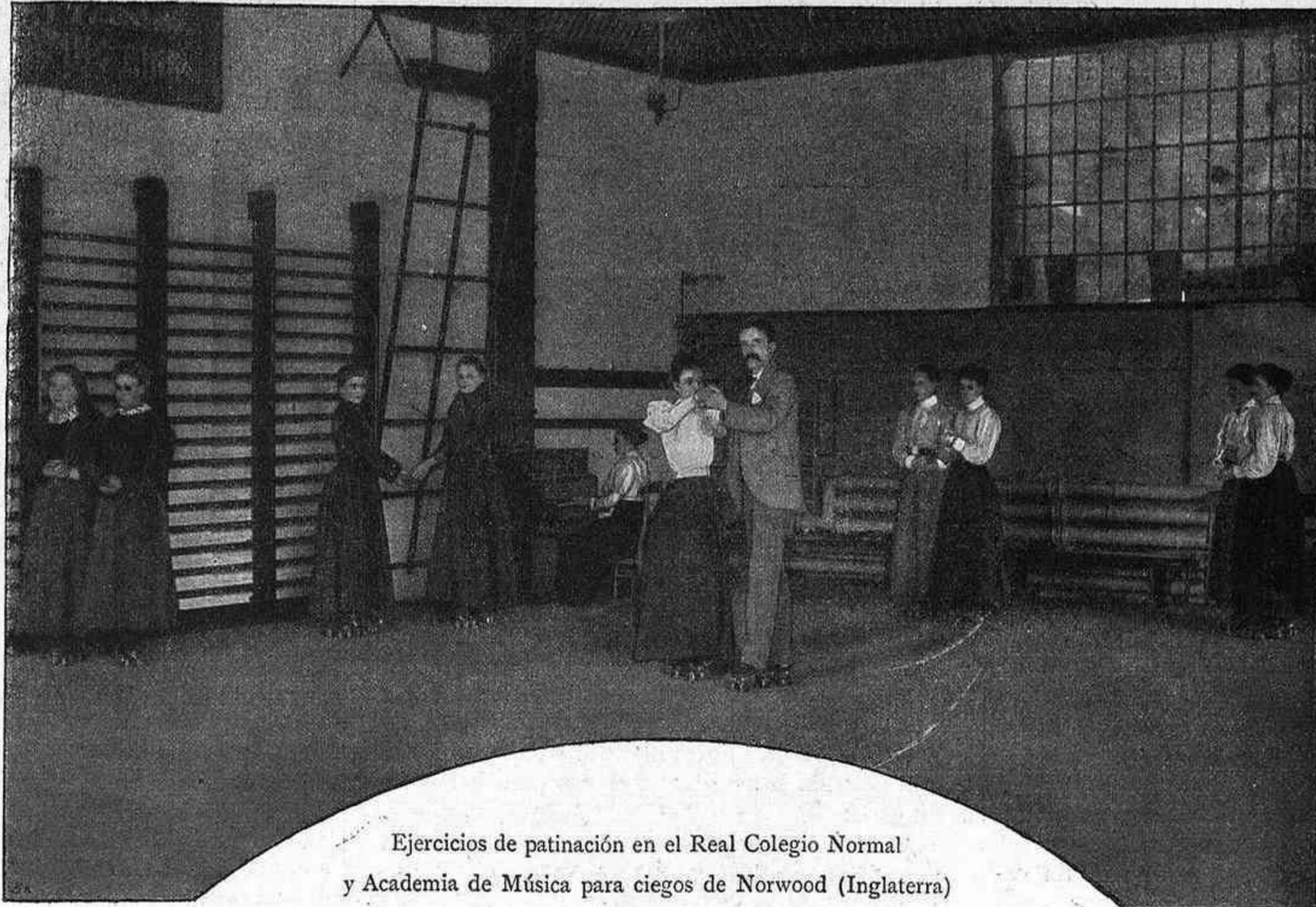
Estos éxitos no pueden ser más halagüeños para Mr. Campbell, quien se propone con su sistema poner á los desheredados de la naturaleza en condiciones de poder competir con los privilegiados y si es posible aventajarlos. Para ello ha puesto en distintas ocasiones á sus educandos en contacto con varias asociaciones de gimnasia y deportes, habiendo merecido aquéllos ser premiados por estas sociedades, incluso por la de salvamento. ¡Qué mejor cosa para esos infelices condenados á una noche perpetua, que darles los medios de poder salvar la vida á sus semejantes! Para ello los profesores encargados de la enseñanza de la natación, dan en el colegio lecciones especiales, instruyendo además á sus alumnos en los procedimientos para hacer volver á la vida á los ahogados aparentemente muertos. Los sentidos de la localidad y el del oído, que, como es sabido, tienen tan desarrollados los ciegos, son de resultados tan seguros como los demás, cuando se trata de salvar á uno que se ahoga.

Es asimismo admirable ver á los ciegos entregarse á ciertos deportes, como el juego de bolos y el *football*: en este último, el golpe de la pelota en el suelo les indica el sitio en donde ha caído, y el sonido que produce al caer, la altura que alcanza el bote. Más increíble parece lo que hacen patinando: sírveles de guía á los patinadores un acompañamiento en el piano, y con tanta seguridad siguen las indicaciones de éste, que nunca se da el caso de que vayan á chocar contra las paredes. Es más, los acordes del instrumento, unidos al sentido de la localidad, permiten á los ciegos patinadores ejecutar artísticas figuras y graciosas danzas, sin que en sus movimientos se note la menor vacilación. Como demostración de la habilidad á que pueden llegar en este deporte los ciegos, diremos que en un reciente concurso internacional de patinación le fué adjudicada la medalla de oro á una alumna del colegio de Norwood.

Todos los deportes, es decir, los que pueden naturalmente practicar los infelices privados de la vista, estimulan extraordinariamente, y en ello con-

vienen los especialistas, el valor personal de los ciegos y aumentan de una manera considerable la libertad de movimientos de esos desdichados, con lo cual se fomentan al mismo tiempo sus aptitudes para el curso ulterior de su existencia.

Desde que los ciegos, antes condenados á implorar la caridad pública, se han encontrado en disposición de ser trabajadores hábiles y activos, ¡cuántas



Ejercicios de patinación en el Real Colegio Normal y Academia de Música para ciegos de Norwood (Inglaterra)

veces han tenido que ser ellos los que han debido atender al sustento de su familia! Pero ¡cuántas veces también les han faltado las fuerzas físicas para el cumplimiento de tan noble misión!

Seguramente en lo porvenir no encontraremos entre los ciegos tantos enfermos y tantos individuos débiles como hasta ahora, pues algo se hace ya en todas partes en el sentido del desarrollo corporal de esos infelices. Los que saben por experiencia propia cómo se vivifica el cuerpo con el ejercicio de la bicicleta, ó de la patinación ó de cualquier otro deporte, cuando con la debida moderación se practican, deben desear y procurar por cuantos medios puedan, que de estos beneficios participen los que de tantos otros goces se hallan privados. Para ello no siempre se requiere un auxilio directo, sino que basta poner de manifiesto los resultados conseguidos por instituciones como el *Royal College* de Norwood y conceder á las mismas toda la atención que merecen, estimulando á los establecimientos oficiales á fin de que adquieran todo lo necesario para poder atender á la educación física de los ciegos.

Aun cuando propiamente no pertenece al punto de vista que me ha inspirado el presente artículo,

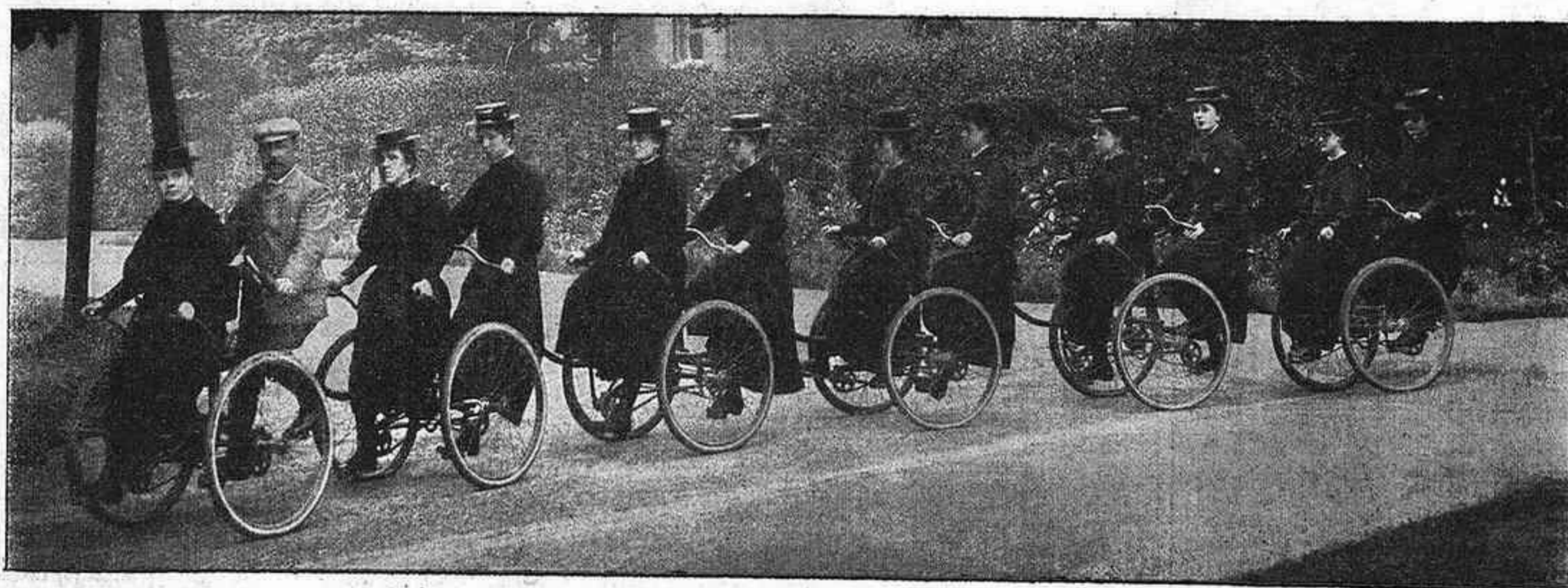
variadísimo espectáculo renovado incesantemente.

De cuatro años á esta parte, «Barnum and Bailey,» *Greatest show on Earth*, ha recorrido Australia, Tasmania, Nueva Zelandia, la América del Sur, la India y Java, haciendo travesías de 1.000 y 2.000 kilómetros, los Estados Unidos, Canadá, Inglaterra, Escocia, Austria, Hungría, Alemania, Holanda y Bélgica, sirviéndose para estas expediciones únicamente de su propio material, que se compone de 67 vagones del tipo americano, de 20 metros cada uno, material que ya ha recorrido una longitud total de 700.000 kilómetros. Para las travesías marítimas, los cinco trenes especiales, necesarios para el transporte del establecimiento, son cargados en los vapores para ser, inmediatamente después de desembarcados, puestos nuevamente en las vías férreas y encaminados á su destino. Barnum and Bailey se ha instalado en las grandes ciudades: en Nueva York, en Madison Square; en Chicago, en el Colosseum; en Londres, en el Olimpia; en Viena, en la Rotonda, y en París, en la Galería de Máquinas.

Encontrábame yo un día del verano último en las oficinas de la pasada Exposición tratando de encontrar ciertos objetos prestados á la sección retrospectiva y extraviados por los señores organizadores, cuando entró un hombre de pequeña estatura y pelo entrecano, á quien acompañaba mi excelente amigo Ercole, el tan conocido empresario de los grandes circos y music-halls de Francia y del extranjero. Pronto se hicieron las presentaciones: aquel hombrecillo era Mr. J. A. Bailey, yerno de mister Barnum, quien sin preámbulo alguno dirigióse á uno de los funcionarios

allí presentes, diciéndole: «Vengo á alquilar la Galería de Máquinas. ¿Cuánto vale?» Todavía me parece estar viendo la cara del representante autorizado de la administración de la Universal de 1900 organizada por M. Picard. Un rayo que hubiese caído á sus pies no habría producido en él mayor impresión. Parecía querer decir:

«¡Alquilar la Galería de Máquinas! El que tal propone, no puede ser más que un loco... ó un americano.»



Alumnas del Real Colegio Normal y Academia de Música para ciegos de Norwood paseando en velocípedo

me parece digna de mención otra enseñanza interesantísima del mencionado colegio: me refiero á la enseñanza de escritura á máquina que allí se da á las niñas, que la aprenden en muy pocas horas y que puede servirles de mucho, como un medio para ganarse la subsistencia, teniendo en cuenta lo mucho que esta clase de máquinas se ha generalizado y sus aplicaciones, cada vez mayores, en la vida comercial de las grandes ciudades.

A. GOLLINER.

BARNUM EN PARÍS

Desde hace algunos días se encuentra funcionando en París el circo Barnum. ¡Barnum!, nombre mágico que en todos los idiomas que se hablan desde el Atlántico hasta el Pacífico, desde Inglaterra hasta las Indias y el Japón, del Cabo Norte al Cabo de Buena Esperanza, del estrecho de Behring á la Tierra del Fuego, sirve de superlativo ampuloso al nombre «empresario.»

Barnum, Phileas Taylor Barnum, murió hace algunos años en la pequeña población de Bridgeport (Connecticut, Estados Unidos), de donde había salido en sus mocedades como mozo de labranza y en donde falleció dueño de una fortuna colosal y de inmensas propiedades; pero su famoso «Circo americano,» bajo la dirección de su yerno y antiguo asociado Mr. J. A. Bailey, continúa recorriendo el antiguo y el nuevo continente, asombrando á las poblaciones dondequiera que puede levantar sus tiendas, maravillando por lo grandioso, lo imprevisto y lo original de su

En pocas palabras se le hizo entender á Mr. Bailey que la Galería de Máquinas era propiedad de la ciudad de París y que era preciso dirigirse al Consejo Municipal. Al día siguiente, M. Ercole, en nombre de Mr. Bailey, presentaba al Consejo una solicitud en debida forma.

Pactóse el arrendamiento por seis meses y por el precio de 150.000 francos, y el día 20 de noviembre último, los cinco trenes especiales conducían á los expedicionarios y la instalación completa se establecía en el Campo de Marte. Ocho días después se daba la primera función.

Nada más curioso que el espectáculo de aquella instalación que se realizó en medio del mayor silencio y con rapidez verdaderamente americana. Descargóse primeramente el material de cocina, luego descendieron de los vapores los caballos de tiro, enjaezados, de una robustez extraordinaria, y finalmente los coches y carros. Para descargar éstos se saca de debajo del vagón cabeza de tren un plano inclinado que se apoya en el suelo y se enganchan en los carruajes los caballos, que de este modo, comunicándose como se comunican los vagones, son bajados á tierra sin sacudida alguna. En provincias, pues Barnum se propone recorrer toda Francia, se montará la famosa tienda que ha costado 30.000 francos, puede contener 15.000 espectadores y se monta en doce horas.

El circo Barnum es circo, casa de fieras, feria, jardín zoológico, todo á la vez: allí se reúnen todas las atracciones que Mr. Bailey ha podido encontrar. A un lado de la Galería de Máquinas hay una colección de veintidós elefantes, uno de ellos verdadero gigante en su género y otro enano; más allá se ven

tigres reales de Bengala, leones del Atlas, leopardos, panteras, hienas, jirafas, tapires, yocks, osos, cuagas, pecaris, camellos, dromedarios, cebras, toros enanos, antílopes, ciervos, gacelas, anfibios y un gran número

de agujas; Lin Suan San y Lin Tang San, los gemelos xifópagos chinos que recuerdan, en forma aún más curiosa, los hermanos siameses; la mujer con barbas, el hombre perro, la enana Mab, un gigante fenomenal, una mujer magnética dotada de fuerza extraordinaria, etc., etc.

Al penetrar en la sala de espectáculos, nuestro asombro sube de punto: en las tres pistas que tiene el hipódromo trabajan á la vez acróbatas, atletas, gimnastas, elefantes clowns, equilibristas japoneses, sesenta clowns, héroes, saltadores, focas, otarios, cerdos, osos y otros animales amaestrados.

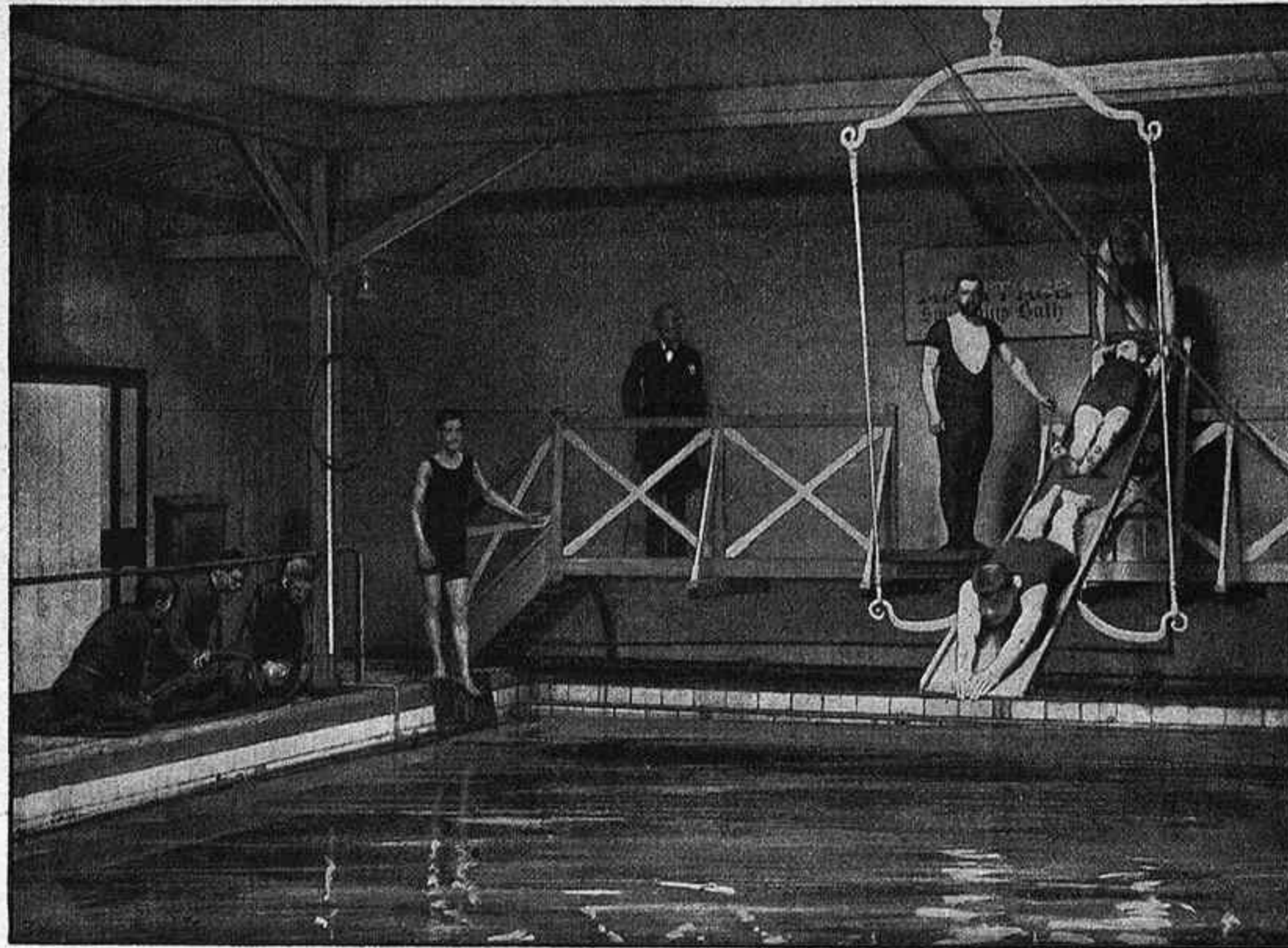
Los aficionados á caballos tienen también en que entretenerse, pues en las cuadras hay trescientos cincuenta de tiro, de formas soberbias, y doscientos cincuenta de circo, de pura sangre, de media sangre, poneyes, shettland, de alta escuela, de trabajo en libertad, etc. Guillermo Ducrow hace maniobrar setenta caballos en libertad en una pista de 13 metros de diámetro, mientras á su alrededor voltean las más notables amazonas y saltan los más célebres saltadores.

Terminado este espectáculo, salen á la pista los caballos de carreras, montados ó enganchados, que ejecutan los más variados ejercicios, terminando la función con un cortejo histórico del Antiguo Oriente, en el que desfila por delante de los espectadores la mayor parte del personal del circo.

Diré para concluir que las cocinas preparan diariamente comida para 1.200 personas y que los animales consumen cada día 6.000 kilogramos de heno ó paja y otros tantos de avena.

PABLO MEGNIN.

(De La Nature.)



Enseñanza de natación en el Real Colegio Normal y Academia de Música para ciegos de Norwood

ro de monós. Todos estos animales trabajan bajo la dirección de los más reputados domadores.

En otro lugar está el «Museo de los horrores:» una joven con cabellera que parece de musgo, el hombre esqueleto; Billy Wells, el hombre de la cabeza irrompible que recibe sobre ella golpes de martillo; Alfonso, el del estómago de avestruz que se traga todo lo que le ofrecen y bebe petróleo ó amoníaco; Tomasso, el hombre acerico que se clava en la piel millares de alfileres; Maxey, que se traga las

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FOMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PILDORAS DEFRESNE
 A LA PANCREATINA
 Adoptada por la Armada y los Hospitales de París.
DIGESTIVO el más poderoso el más completo
 Digiere no solo la carne, sino también la grasa, el pan y los féculentos.
 La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión.
 POLVO - ELIXIR
 En todas las buenas Farmacias de España.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS**

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
 Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APÍOL DE LOS DRES JORET-HONOLLE

CURA LOS DOLORES, REÍARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

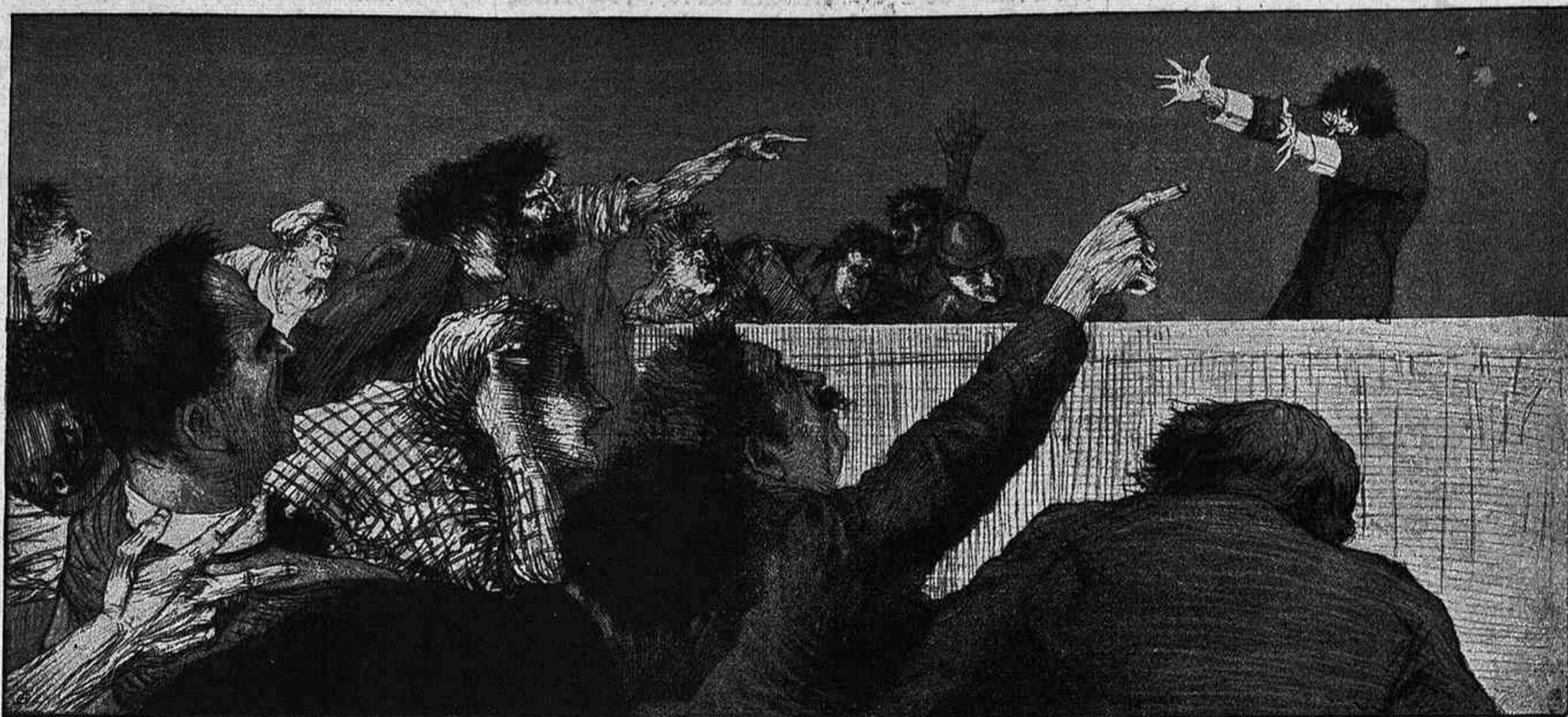
Fia G. SÉGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BÓTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

ZÔMOTERAPIA

EL ZÔMOL PLASMA MUSCULAR (Jugo de carne desecado)
 PREPARADO EN FRIO, encierra los preciosos elementos reconstituyentes de la carne cruda. Prescrito en la TUBERCULOSIS, la NEURASTENIA, la CLOROSIS, la ANEMIA, la CONVALESCENCIA, etc.
 Tres cucharaditas de café de Zômol representan EL JUGO DE 200 GRAMOS DE CARNE CRUDA.
 PARIS, 8, Rue Valenciennes y en todas las Farmacias.





El agitador, grabado de Alfredo Cossmann

EL AGITADOR

Aunque el tipo ha existido siempre, el carácter del mismo difiere hoy mucho de lo que era en otros tiempos. Hubo épocas en que el agitador actuaba en la plaza pública, otras en que era el alma de reuniones secretas; pero cuando llegaba el caso de trocar la propaganda por la acción, veíasele en primera fila al frente de sus secuaces, ocupaba los sitios de mayor peligro y las más de las veces sellaba con su sangre la sinceridad de sus convicciones.

Hoy las cosas han variado por completo: hoy el agitador funciona en los *meetings*, convocados con todas las formalida-

des que la ley exige y á los cuales asiste un delegado de la autoridad, y allí expone las teorías más exaltadas y enardece á sus oyentes con predicaciones que si no convencen por su lógica, cuando menos arrastran al público que las escucha porque halagan sus apetitos y avivan sus malas pasiones. Y si algún día sus oyentes, impulsados por sus excitaciones, se entregan á actos de fuerza, no haya miedo de que el agitador comparta los peligros á que con seguridad se exponen, sino que desde sitio seguro contempla su obra y se dispone á seguir sembrando en otras partes la semilla con cuyos frutos vive regaladamente.

Hablamos, por supuesto, del que podríamos llamar agitador

de oficio, no de los que de buena fe predicán las doctrinas que estiman redentoras para una clase ó salvadoras para la humanidad, que éstos merecen respeto, sean cuales fueren sus opiniones, y á buen seguro que en los momentos críticos no han de abandonar á sus compañeros.

El grabado que al frente de estas líneas reproducimos representa á uno de estos agitadores de oficio; su autor, el notable artista vienés Alfredo Cossmann, ha sabido retratar de una manera sobria y vigorosa el tipo que le ha servido de modelo y expresar admirablemente el carácter de una de esas reuniones en que las palabras de aquél encienden los ánimos del concurso y despiertan en sus oyentes los más violentos instintos.

MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS ANEMIA, CALENTURAS, etc.

QUINA-LAROCHE

Premio de 16.600 francos

EL MISMO **FERRUGINOSO** EL MISMO **FOSFATADO**

Siete Medallas de ORO

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc. Paris, 20 et 22, rue Drouot Y FARMACIAS. Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

ENFERMEDADES DE ESTÓMAGO

PASTILLAS y POLVOS PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Pureza 5 fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOGES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

CANDES et Co. 2, St-Denis, 18

GARGANTA VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs **PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES** para facilitar la emision de la voz. — Precio: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor de la Real Casa

26 Diplomas de Honor. 31 Medallas de Oro



ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países. Contiene la leche pura de los Alpes Suizos. Pídase en todas las Droguerías y Farmacias. Para pedidos dirigirse á **MIGUEL RUIZ BARRETO** Jerez de la Frontera.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & Co, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris. Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MARIANER Y SIMÓN